

CUENTOS DE LA LLANURA  
Y DEL MONTE CHAQUEÑOS

HORACIO  
QUIROGA

COMPILADORES: ALEDO LUIS MELONI Y ALEJANDRA LIÑÁN



Quiroga, Horacio  
Cuentos de la llanura y del monte chaqueños. - 2da edición. -  
Chaco: Instituto de Cultura de la Provincia del Chaco, 2016  
92 p. : il. ; 17x17 cm.

ISBN 978-987-24913-0-7

1. Narrativa Uruguaya. 2. Cuentos. 1 . Título  
CDD U 863

---

**Oscar Domingo Peppo**  
GOBERNADOR. Provincia del Chaco

**Héctor Bernabé**  
PRESIDENTE. Instituto de Cultura del Chaco

---

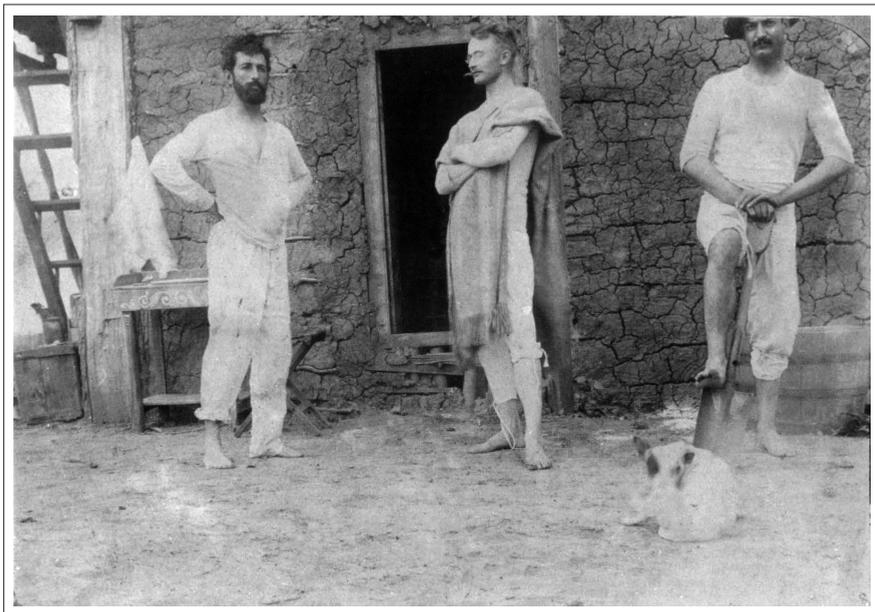
Diseño: Mariana Fernández Barrios  
Dibujo de tapa: Alejandro Sirio, publicado en *La Vida Literaria* (Buenos Aires, 1928 - 1930), revista de crítica, información y bibliografía. Entre sus colaboradores se contaban: Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones, Jorge Luis Borges, Ricardo Güiraldes, Ezequiel Martínez Estrada, José C. Mariátegui, entre otros.

HORACIO QUIROGA

CUENTOS DE LA LLANURA  
Y DEL MONTE CHAQUEÑOS

Compiladores:  
Aledo Luis Meloni y Alejandra Liñán





Horacio Quiroga en su rancho ubicado en las inmediaciones del Saladto, acompañado por dos amigos (probablemente Muñecas y Hasda)



## PRÓLOGO

### El Chaco a través de la ficción de Horacio Quiroga

Corren los años 1904 - 1905 y entre un breve otoño, un leve invierno y un largo verano, Horacio Quiroga ensaya a sus veinticinco años en el Chaco, en un campo algodonero, ubicado a pocos kilómetros de Resistencia, a orillas del río Saladito, su proyecto de convertirse en agricultor.

Acaba de invertir lo que le resta de la herencia paterna, siete mil pesos —en París quedó la mayor parte de ella— y se encamina a un rotundo fracaso económico. **Sin embargo, su vida se enriquecerá notablemente, sobre todo su narrativa, porque de esa experiencia extraerá, por vez primera, al conocer la existencia en el campo, un conocimiento agudo de la cultura rural, de la relación hombre y naturaleza. No será el mismo escritor que era antes de conocer el Chaco y en la temática de sus textos, en la definitiva elección del cuento como forma de ver y relatar, en su estilo y tono, están marcadas las huellas de una experiencia vital transfigurada ahora en una nueva cuentística.**

*No se convertirá en agricultor. Es cierto. Pero se transformará en cuentista.*

Cuentística en la que lo central no es el pintoresquismo paisajístico, sino la profundidad abismal que alcanzan las pasiones de la condición humana en medio de una total intemperie. Solos, abandonados, o huyendo-persiguiendo la quimera de tierra y libertad, de olvido y redención, en permanente tensión, porque la descripción le sirve a Quiroga para construir climas narrativos muy singulares, entre las leyes culturales y las de la naturaleza, casi siempre hostil, amenazante, misteriosa, escrutadora e inasible.

Sus personajes no son nada típicos, no son estereotipos congelados, sino seres heterogéneos, criollos de diversos confines del país o de países hermanos de Sudamérica, gringos de diferentes procedencias, hasta una pareja de víboras cascabel –como en *Los cazadores de ratas*– y cuatro fox-terriers –como en el inolvidable *La insolación*, considerado por buena parte de sus críticos como el mejor de sus cuentos; y nosotros lo suscribimos totalmente–, cuya variedad de puntos de vista, miradas y tonos, ofrece a los lectores una diversidad cultural, lingüística y animal que los –nos– sitúa las más de las veces en una incierta zona de frontera –el espacio simbólico por excelencia en Quiroga–, concebida ésta como punto de cruce entre nacionalidades, lenguas, culturas y seres animales y/o naturales, en permanente lucha contra las múltiples formas desde las que los acecha la muerte y la fatalidad, esa sombra cancerbera que rodea, como una enamorada del muro, toda la vida de Horacio Quiroga.

*La insolación, Los inmigrantes, El mármol inútil, El Monte Negro, La serpiente de cascabel, La Crema de chocolate y Los cazadores de ratas*, siete cuentos de Horacio Quiroga cuyos escenarios naturales nos ubican en el Chaco de principios del siglo XX, en medio de lo que fueran sus montes.

Un siglo después de esa experiencia quiroguiana por el Chaco, nuestro Instituto Provincial de Cultura, tiene el honor de publicar este conjunto de narraciones que nos devuelven otras imágenes y sonidos de nuestra provincia –territorio nacional por aquel entonces–, observada, interpretada y resignificada desde la mejor ficción, la del padre del cuento sudamericano.

¿Para qué lo hacemos? Para recuperar, por sobre todas las cosas, el placer de la lectura, su pasión transformadora, porque leer un cuento de Quiroga es paladear, descubrir la belleza y el poder, el peso, la densidad de las palabras literarias, capaces de hacernos viajar, emocionar, conmovernos, porque funda y potencia la imaginación y la sed y el hambre de conocimientos. Y nos hace más libres porque nos brinda más palabras e ideas para poder pensar por nuestra propia cuenta.

Porque leer y hacer leer, como siempre escribe Mempo Giardinelli, abre los ojos. Y leerlo a Quiroga es abrirlos bien grandes.

Que así sea.

FRANCISCO TETE ROMERO



## INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y CRÍTICA



## Horacio Quiroga en el Chaco

POR ALEDO LUIS MELONI

Horacio Quiroga –Salto, Uruguay, 1878 – Buenos Aires, 1937- es uno de los cuentistas de mayor relevancia de la literatura castellana.

Su nombre y su obra han logrado sobreponerse aiosamente al olvido que acecha con insidia a todo escritor, de manera especial en los primeros años que siguen a su muerte. Es la prueba de fuego.

Confirma esta supervivencia como escritor la constante reedición de sus obras, sobre todo *Cuentos de la selva*, incluida en la nómina de textos obligatorios del programa oficial para la enseñanza secundaria.

La trayectoria de la vida de Quiroga tuvo las derivaciones más extrañas. A nadie con mayor propiedad que a él se le hubiera podido aplicar lo que escribió en su cuento “Los desterrados”, a propósito de algunos tipos pintorescos que poblaron Misiones en los albores del siglo pasado: “Suelen serlo extraordinariamente aquellos que a semejanza de las bolas de billar, han nacido con efecto. Tocan normalmente banda y emprenden los rumbos más inesperados.”

A consecuencia de unos de esos toques de banda con efecto, sorprendentemente aparece Quiroga, en 1904, en el Chaco, “tentado por el demonio de los negocios, presto a saltar, para convertirse en el motivo motriz de

sus ambiciones, en cuanto alguien lo tocara”, dicen sus biógrafos Delgado y Brígnole. Y agregan de seguido: “Y ese alguien llegó justo a su hora. Fue don Emilio Urtizberea. Quiroga lo conocía por ser también oriundo de Salto, en donde a más de ejercer la profesión de farmacéutico, se había destacado por su acción cultural. Pronto se sintió arrebatado por el deseo de las grandes empresas, y un día se lanzó al Chaco que se presentaba como un campo de explotación ignorado y magnífico, y fue uno de los primeros pioneros del cultivo algodonero en aquellas feraces comarcas.”<sup>1</sup>

Y contagió su optimismo a Quiroga.

Quiroga trajo al Chaco una ilusión desmesurada y el resto de la herencia paterna, unos siete mil pesos.

Traía también cierto conocimiento de la selva del nordeste, adquirido en la excursión que había llevado a cabo un año antes en función de fotógrafo, junto a Leopoldo Lugones, cuando éste fuera comisionado por el gobierno nacional para estudiar las ruinas jesuíticas de San Ignacio, en Misiones.

Dispuesto a iniciar el cultivo del algodón, compra un campo “ubicado a siete leguas al suroeste de Resistencia, a orillas del Saladito, en una soledad tal que dos leguas lo separaban del vecino más cercano. Por toda guarida, no tenía más que un pequeño galpón.” El explicaría en una carta, parte de sus primeras jornadas de trabajo en su posesión chaqueña: “Me levantaba tan temprano, que después de dormir en el galpón, hacerme el café, caminar leguas hasta mi futura plantación, donde comenzaba a levantar mi rancho; al llegar allá recién empezaba a aclarar. Comía allí mismo

1. Delgado, José M. y Brignole, Alberto , *Vida y obra de Horacio Quiroga*, Claudio García Editor, Montevideo, 1939.

arroz con charque (nunca otra cosa) que ponía a hervir al llegar y retiraba a mediodía del fuego. El fondo de la olla tenía un dedo de pegote quemado. De noche, otra vez en el galpón, el mismo matete.”<sup>2</sup>

De su experiencia algodonera sólo sabemos que fue un fracaso total. No podía ser de otra manera. Y esto posiblemente haya sido una suerte para las letras; si la cosecha hubiera enriquecido al improvisado agricultor, quién nos asegura que a causa de la prosperidad, consecuencia del éxito, el escritor que había en él no hubiera corrido el riesgo de sucumbir para siempre, absorbido por el hombre de negocios.

En 1905, regresa a Buenos Aires, no ya “amarillo como un membrillo” –según su expresión– pero sí arruinado económicamente.

Sin embargo ya había concluido en él su obra de captación el hechizo de la selva que lo llevaría, años después, a instalarse con su mujer en San Ignacio, Misiones, donde encontró la veta más rica de toda su producción literaria.

En 1908 Quiroga aparece en Resistencia, seguramente en alguna escala de un viaje a Misiones, donde ya ha comprado 185 hectáreas de tierra en las cercanías de San Ignacio. En efecto, el 6 de febrero de 1908, le escribe a Maitland (sobrenombre de su amigo de Salto, José María Fernández Saldaña): “Estoy en Resistencia, escribiéndote desde casa de Dodero, en una máquina bastante mala... Hace cinco días que estoy aquí, en buen tren de salud, paseo y pluma. Ayer fui a ver viejos países de antaño, Saladito de siestas clavadas en la cabeza como un clavo perpendicular, alambres de alambrado difíciles de tener en la mano por lo calientes, baldes en el brocal

---

2. Delgado, José M. y Brignole, Alberto , Op. cit.

del pozo, más calientes que una barreta al sol... Todo hoy está cambiado: el yuyo ha invadido lo que fue tabla rasa. Es aquello una desolación... He salido de la memorable comarca bien dolido...”<sup>3</sup>

Posiblemente ésta haya sido la última vez que Quiroga volvió al Chaco.

De su paso por nuestro territorio queda una fotografía, en que se lo ve en su rancho junto a sus dos amigos uruguayos, seguramente de Salto; quedan, además, como zafra magnífica –y esto es lo que importa– los siete cuentos que integran este libro; sobre todo “La insolación”, uno de los relatos más perfectos de la extensa nómina quiroguiana, donde los títulos de joyas literarias sobreabundan.

---

3. Lafforgue, Jorge y Rocca, Pablo (Eds.), Horacio Quiroga. *Obras V. Diario y correspondencia*, Buenos Aires, Losada, 2007, pp.160-161.

ALEDO LUIS MELONI nació en Bolívar, provincia de Buenos Aires, en 1912; en su infancia alternó las tareas del campo y los estudios primarios. Con el título de maestro llegó al Chaco en 1937 donde ejerció la docencia rural durante casi veinte años en la Colonia San Antonio, cuya escuela le tocó inaugurar. Trasladado a Resistencia, ocupó la Secretaría Técnica de la Inspección de Escuelas Nacionales. Alejado de la docencia, trabajó en periodismo desde 1963 hasta 1988. Publicó diecisiete libros de poemas y coplas –algunos reeditados varias veces– y relatos.

Ha consagrado varios años a investigar la vida de Horacio Quiroga. Gran conocedor de su obra, colabora con documentos de valor inestimable en la Exposición “Horacio Quiroga en el Chaco. Fotografías, cartas y literatura.”



Horacio Quiroga: entramado de literatura y vida  
Alcances de la experiencia chaqueña en la construcción  
de su nueva poética  
POR ALEJANDRA LIÑÁN

En Horacio Quiroga, la experiencia de vida y la obra estrechan sus lazos de manera tan notoria que ocasionalmente su personalidad singular y el conocimiento de sus avatares biográficos opacan la lectura de sus producciones literarias. El propósito que orienta nuestra aproximación al breve tiempo de su residencia en el Chaco es explorar la correlación con los cambios estéticos que se producen en su creación literaria en consonancia con su experiencia vital.

Es interesante preguntarnos qué encontró este hombre —que era un espécimen urbano, que cultivó desde muy joven la vida literaria y la bohemia, y fiel a su época viajó a París como un *dandy*— en el Chaco y en la selva misionera, para llevarlo a producir un giro existencial tan decisivo, al punto de relegar la vida en la ciudad y entregarse a la tarea de hacerse a sí mismo en la confrontación con un ámbito donde, al modo robinsoniano, había que trabajar duramente con la pura naturaleza para construir su lugar en el mundo. La lógica utilitaria apunta que quiso amasar fortuna,

para probarse en una empresa propia de hombre de negocios<sup>1</sup>. Pero más profundamente, algunos biógrafos y críticos piensan que intentaba probarse a sí mismo, es decir, conocerse, encontrarse. Y para su literatura, lo más perdurable fue hallar ese mundo propio y esa prosa cautivante que lo destacan en la historia de nuestras letras.

El período chaqueño de Horacio Quiroga constituye una referencia poco frecuente para el público lector. A partir de su primer acercamiento, acompañando a Leopoldo Lugones, a las ruinas jesuíticas de Misiones, Quiroga se sintió fuertemente atraído por la zona del nordeste argentino. Atracción que lo animó a probar suerte con el cultivo del algodón y a instalarse —a comienzos de 1904 y hasta mediados de 1905— a unos 30 kilómetros al sudoeste de Resistencia, en las inmediaciones del Saladito. Era un hombre capaz de grandes sacrificios y con muchas habilidades que le permitían fabricar casi todo lo necesario para vivir, pero la ilusión del “pionero” se agotó en poco tiempo y los insuficientes ahorros, también.

Esta constituirá su primera experiencia con la naturaleza “brava”, atrayente pero inhóspita a la vez, que más tarde se extenderá a Misiones<sup>2</sup>, se

---

1. “Estuve haré cerca de un mes en El Chaco con Muñecas. Volveré allá en abril, donde quedaré para siempre, salvo las escapadas consiguientes. Creo hacer gran fortuna, de lo cual aprovecharé tu inteligencia y tu estómago.” En carta a su amigo salteño Maitland (José María Fernández Saldaña), desde Salto, febrero 16 de 1904. Extraída de: Lafforgue, Jorge y Rocca, Pablo (Eds.), Horacio Quiroga. *Obras V. Diario y correspondencia*, Buenos Aires, Losada, 2007, p. 100. Todas las citas de las cartas en nuestro trabajo remiten a esta edición.

2. En diciembre 24 de 1906, ya en Buenos Aires, le cuenta a Maitland que está por viajar a Misiones para comprar una “chacrita” y le confiesa: “Estoy loco por hacer un poco de vida brava.” Lafforgue, Jorge y Rocca, Pablo (Eds.), Op. cit., p. 143.

afincará allí durante una larga etapa de su vida y dejará sus mejores huellas en los famosos cuentos “de la selva”.

La correspondencia escrita por Quiroga es extensa y constante en el transcurso de su vida. De su estancia en el Chaco, han quedado como testimonios las cartas escritas a sus amigos salteños, Alberto J. Brignole y José María Fernández Saldaña. En los comentarios de los editores<sup>3</sup> sobre la correspondencia y sobre el escritor, encontramos apreciaciones taxativas en referencia al período chaqueño:

“Si bien desde el punto de vista económico la experiencia es un fracaso, es beneficiosa bajo otros aspectos: temple su ánimo aventurero y da garra a su escritura. El bienio que transcurre casi íntegramente en el Chaco representa una bisagra en el desarrollo de la narrativa quiroguiana...”

Otros críticos y biógrafos abonan esta hipótesis, tal como Rodríguez Monegal que, en el capítulo “El aprendizaje de la objetividad”, donde trata la formación de su estilo literario y atiende a la vinculación con su vida, dice:

“La experiencia del Chaco ha dejado un saldo poco visible. Aunque en la soledad y el trabajo, Quiroga se ha descubierto a sí mismo, el cambio resulta aún invisible desde fuera. Apenas vuelva a Buenos Aires, Quiroga habrá de re-

---

3. Lafforgue, Jorge y Rocca, Pablo (Eds.), Op. cit., p. 538.

tomar viejas actitudes. El regreso se produce en los primeros días de octubre de 1905.”<sup>4</sup>

La soledad<sup>5</sup> de su apuesta como productor algodonero y el esfuerzo cotidiano que le demandaba la subsistencia, impidieron durante un tiempo que pusiera su voluntad en la escritura literaria, pero no desplazaron la lectura –estaba abordando escritores que lo marcarían en sus decisiones estéticas– ni la comunicación epistolar con sus amigos. Es evidente la necesidad de referirles los pormenores de su “exótica” situación, las ocupaciones y los desvelos, las confidencias de sus inquietudes amorosas y eróticas, pero al mismo tiempo va salpicando comentarios y opiniones sobre literatura, sobre escritores e, incluso, su propia situación como tal, ya que había llegado al límite de descreer de su aptitud literaria y de su voluntad para llevar a cabo una obra:

“Tú te quejas de tu soledad, con las agallas secas fuera del agua; pero si vieras los tormentos que he tenido en estos seis meses, el desaliento diario, sin fe absoluta en mí –y lo que es más triste, sin creer ya en el arte– convencido de que estaba muerto para escribir, sentado, en un cajón de kerosene, repitiendo horas enteras un párrafo de cuento, incapaz

---

4. Rodríguez Monegal, Emir, *El desterrado. Vida y obra de Horacio Quiroga*, Buenos Aires, Losada, 1968. p. 105.

5. “Estoy hace quince días sin noticia ninguna del mundo. Escríbeme y te abrazaré bien cuando nos veamos.” En carta a Maitland, desde Resistencia, hacia mediados de 1904. Lafforgue, Jorge y Rocca, Pablo (Eds.), Op. cit. p. 102.

de hacer algo más, en el derrumbamiento de toda mi vida valiente, amortajándome melancólicamente con mi juventud de vuelo y ardiente espera, tapándome la cara con las manos –sin metáfora– deshecho de dolor por lo que había sido.”<sup>6</sup>

Y más, despliega su búsqueda de escritor a la vista del lector atento, que puede asistir a las escenas donde se muestra ensayando consigo mismo, reflexionando y definiendo la poética personal que lo caracterizará para siempre.

A modo de testimonio, revisemos las referencias a su nueva poética que se pueden leer en las cartas escritas desde el Chaco:

“...la única belleza posible en esos casos es que los personajes sientan lo que deben sentir. ¿Sincerista? No, querido. Quiero solamente que al pan se le llame pan, y al vino, vino –como los catalanes. Flaco es tu decir respecto a la hermosura de lo falso bien dicho. Una cosa es falso y otra ilógico.”<sup>7</sup>

Fedor Dostoievski constituía su lectura más importante en ese momento, la que estaba ejerciendo una poderosa influencia en su concepción literaria y en su estilo, que iba abandonando la impronta modernista y el puro naturalismo para dar paso a la elaboración de una escritura verdaderamente original:

---

6. Fragmento de carta a Maitland, desde Resistencia, octubre 19 de 1904. Ibid., p. 103.

7. En carta a Maitland, desde Saladito, enero 29 de 1905. Ibid., p. 110.

“Me entero de tus preferencias literarias. Diré que me admira te haya agradado *La casa de los muertos*, pues es lo malo que tiene Dostoievski. Creo que en mi anterior me referí a *El jugador* también de Maucci. *L'Idiot*, *Les Posedés* y *Crime y Chatiment* [sic]. Esto es lo grande, lo más profundo –las dos primeras– que se haya escrito en lengua humana. Te doy los títulos en francés, pues no sé estén traducidas al español.”<sup>8</sup>

Quiroga encuentra en los escritores rusos, especialmente en Dostoievski<sup>9</sup>, una adecuación de la ficción a la vida –actualmente reconoceríamos allí verosimilitud y realismo en la representación–, a la cual se refiere, repetidas veces, como *sinceridad*. También destaca su preferencia por Flaubert, donde seguramente también apreciaría ese particular efecto de realidad que logra la narrativa del francés.

La *sinceridad* será la clave de su búsqueda escrituraria, la aspiración de su proyecto literario en adelante.

El cambio en su concepción de la literatura que se opera en esos años no se plasmará de inmediato en la escritura, sino que se reflejará en su obra después de la experiencia chaqueña. Viene a cuento recordar uno de sus consejos en el *Decálogo del perfecto cuentista* sobre dejar decantar la emoción: “No escribas bajo el imperio de la emoción. Déjala morir, y

---

8. En carta a Maitland, desde Saladito, enero 29 de 1905. Ibid., p. 109.

9. “La predilección de rusos me viene de su sinceridad, cuán rara en los occidentales. Queda aún Flaubert, en todo y por todo. Si no has leído *Madame Bovary* de Flaubert, hazlo.” Carta a Maitland, desde Salto, noviembre 7 de 1904. Ibid., pp. 104-105.

evócala luego.”

En ese tiempo empiezan a gestarse los cuentos “de la llanura y del monte chaqueños”. Hemos categorizado con esta denominación particular a aquellos cuya acción transcurre en esta zona del mundo, y que son anteriores, en cuanto a la experiencia fundante, a los más famosos, los “de la selva”.

*La insolación*, texto exquisito por la invención y por la maestría quiroguiana en el dominio de la narración, es el primero de sus cuentos “de monte”, tal como él mismo los definió, y fue publicado en *Caras y Caretas* el 7 de marzo de 1908. En los cuentos que van apareciendo en publicaciones periódicas, se empieza a notar su indagación en una nueva línea temática y estilística.

Invito al lector a recorrer con la lectura los textos seleccionados y apreciar su estilo logrado, económico en el uso del lenguaje, convincente en la representación de la intensidad de la experiencia del ser humano. Veamos estos fragmentos, en los cuales la fina sensorialidad de las imágenes transporta al lector a la percepción física del clima y a la sugestión de los peligros del paisaje chaqueño:<sup>10</sup>

“Entretanto el calor crecía. En el paisaje silencioso y enceguciente de sol, el aire vibraba a todos lados, dañando la vista.” (de *La insolación*)

“La greda amarilla y reverberante del palmar les irri-

---

10. Se publican a partir de 1906, en *Caras y Caretas*.

taba los ojos y quemaba los pies. De vez en cuando sentíanse detenidos por la vibración crepitante de una serpiente de cascabel, que sólo se hacía oír cuando estaban a punto de pisarla.” (de *El Monte Negro*)

“A las dos volvían a los puentes, pues debían a cada momento reemplazar a un peón que no comprendía bien, hundidos hasta las rodillas en el fondo podrido y fofo del riacho, que burbujeaba a la menor remoción, exhalando un olor nauseabundo. Como en estos casos no podían separar las manos del tronco, que sostenían en alto a fuerza de riñones, los tábanos los agujijoneaban a mansalva.

Pero, no obstante esto, el momento verdaderamente duro era el de la cena. A esa hora el estero comenzaba a zumbar, y enviaba sobre ellos nubes de mosquitos, tan densas, que tenían que comer el plato de locro caminando de un lado para otro. Aun así no lograban paz; o devoraban mosquitos o eran devorados por ellos. Dos minutos de esta tensión acababa con los nervios más templados.” (de *El Monte Negro*)

Si se lo compara con los devaneos modernistas, con tintes de retórica romántica, de este pasaje del libro *Los arrecifes de coral*:

“La agitación de las finas bestias cobró forma de un desvelo; la seda de sus pieles aquietó pausadamente el nervioso moaré, y, ya de rodillas ante ellas —en el silencio de la

gran sala— sus ojos de vidrio translucieron el paisaje de su inquietud, bajo la tienda de un jefe de rebeldes: los espejismos crepusculares danzaban en el horizonte extrañas geometrías. Y una luna enorme surgía, tambaleándose.

Y sobre el insomnio de las negras culebras que no supieron conservar tu manto, el silencio pudo ser llenado con el chocar de tu cadenilla, Salambó, Salambó!”<sup>11</sup>

se pone en evidencia el gran salto que ha dado la escritura quiroguiana, en unos pocos años, y en ese momento de inflexión en su vida y en su obra.

En una carta a Fernández Saldaña, desde Buenos Aires, el 24 de diciembre de 1906, Quiroga aclara su idea modernista sobre el estilo:

“En mis buenos tiempos yo creí que el estilo era cosa de palabras inesperadas, y sobre todo de frase musical.”<sup>12</sup>

Incluso en la misma carta muestra su conciencia estética mientras se lamenta del posible desentendimiento con sus amigos literarios de siempre:

“Yo he dado tal vuelco en cuestión de miras y procedimientos de arte, que de cinco años a esta parte he mudado

---

11. Fragmento de “Mis negras culebras...”, en *Los arrecifes de coral*, Montevideo, 1901. p. 9.

12. Lafforgue, Jorge y Rocca, Pablo (Eds.), Op. cit., p. 144.

de pellejo, con ideas y todo.”<sup>13</sup>

Confesión que respalda la vinculación que hemos planteado entre este período de su vida y los nuevos registros de su producción literaria.

---

13. Ibid., p. 144.

ALEJANDRA LIÑÁN es oriunda de Gálvez, provincia de Santa Fe, pero desde hace varios años reside en Resistencia. Es licenciada en Letras por la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Su actuación profesional comprende la actividad docente en los niveles universitario y terciario, la investigación y la capacitación. Se desempeña como profesora en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste y en el Instituto de Nivel Terciario San Fernando Rey de Resistencia.

Ha participado como expositora en simposios, congresos, foros y jornadas; ha publicado artículos en revistas y compilaciones académicas. Lectora apasionada e investigadora de la obra literaria de Quiroga, asesora el montaje de la exposición “Horacio Quiroga en el Chaco. Fotografías, cartas y literatura”.



## La insolación

POR LEONARDO GARET

Pocos textos pueden reclamar un reconocimiento tan amplio como este que puede figurar a la vez en las mejores antologías del cuento realista y del cuento fantástico. Excede todas las fáciles caracterizaciones y compromete los intentos de ver una línea ascensional en la trayectoria de su autor. En *La insolación*<sup>1</sup> concurren el cronista de lo tangible y el integrador de imágenes alucinatorias; la vida de un solitario vectorizada hacia la muerte y el comportamiento de los animales reconstruido en sus móviles ocultos.

Precisamente en *La insolación*, junto al encuadre fácilmente reconocible del Chaco “las alternativas de campo y monte, monte y campo”, se eleva la imaginación en genuina y arriesgada expresión. Ambas vertientes reunidas en una indisoluble unidad, evolucionan separadamente y a pesar de la norma de su autor de reunir “cuentos de todos los colores”, son ordenadas en los diversos conjuntos que las representan acabadamente. Cuando Quiroga llegó al Chaco, se encontró con una ciudad, Resistencia, que tenía exactamente su edad. ¿Hasta qué punto esto contribuyó a la sensación de estar reconstruyendo la vida de la especie, que será algo que buscó experimentar en su radicación en Misiones?

---

1. *Caras y Caretas*, 7 de marzo de 1908, incluido en *Cuentos de amor de locura y de muerte*, Buenos Aires, 1917.

\* \* \*

“Los grandes escritores de todos los tiempos fueron intérpretes de la desmesura. Desmesura de la imaginación en el caso de los que tuvieron como fuente a la mitología; desmesura de la fe en las obras medievales; desmesura de los conflictos del hombre en el Renacimiento. Desmesura de la naturaleza parece ser la tónica de la literatura americana. Allí están Rómulo Gallegos, Eustasio Rivera, Guimaraes Rosa, Alejo Carpentier, García Márquez y Horacio Quiroga. Naturaleza exuberante, real o fantástica, con manzanas y serpientes. Quiroga es el primero en sentirla como escenario de sicologías complejas; el que encuentra en ella algo más que el simple telón de fondo de luchas sociales. A eso se debe que muchos de sus personajes, quizás sus mejores, sean de fuera de la selva, adonde llegan arrastrando frustraciones”<sup>2</sup>.

Mr. Jones es la presencia del extranjero en suelo americano, de los que habrían venido expulsados por la guerra o atraídos por la ambición. No interesa indagar en su historia personal, es el puro presente de un hombre para que a través de él, los perros vean el futuro.

En ningún lugar mejor que en el Chaco que desde su nombre anuncia desierto<sup>3</sup>, paisaje y clima configuran el antecedente necesario del ataque cerebral anunciado en el título. A través de los movimientos de los

---

2. Garet, Leonardo, *Encuentro con Quiroga*, Montevideo, Academia Uruguaya de Letras y Editores Asociados, 1994.

3. Chaco en guaraní significa desierto. En quichua: caza de animales con cerco de gente.

perros, los estertores del caballo y una gallina que cruza “con el pico abierto y las alas apartadas del cuerpo”, se está en pleno realismo vivencial.

El sol y el calor extremados hacen surgir una dimensión extra-sensorial, la misma y compleja en la que si se pudiera comprobar que los perros ven la muerte (como lo dice una leyenda de circulación en el campo de Uruguay y Argentina) no sería mucho que hablaran entre ellos. Hasta en esta instancia se le hizo necesaria para Quiroga la exigencia de verosimilitud y la logra separando cuidadosamente los planos del habla humana – que no aparece en el cuento– y del animal, que se interpreta como ladrido.

Mr. Jones es ese inmigrante solitario en tierra extraña, que es la contrapartida del explotador despiadado que también tendrá espacio en su narrativa. Mr. Jones es el inmigrante que vive de su trabajo de la tierra, a diferencia del gaucho que no plantaba sino que cuidaba animales. La soledad, el alcohol y el clima castigan a este descendiente de Caín –por lo de plantador, no por el crimen–, que ofrenda su vida en un intento de superar la limitación humana señalada por la incompetencia del peón.

\* \* \*

El encuentro de Mr. Jones con su imagen sugiere la superposición de materia y antimateria, de vida con muerte, de la que resulta ese nuevo estado que es un cuerpo sin vida.

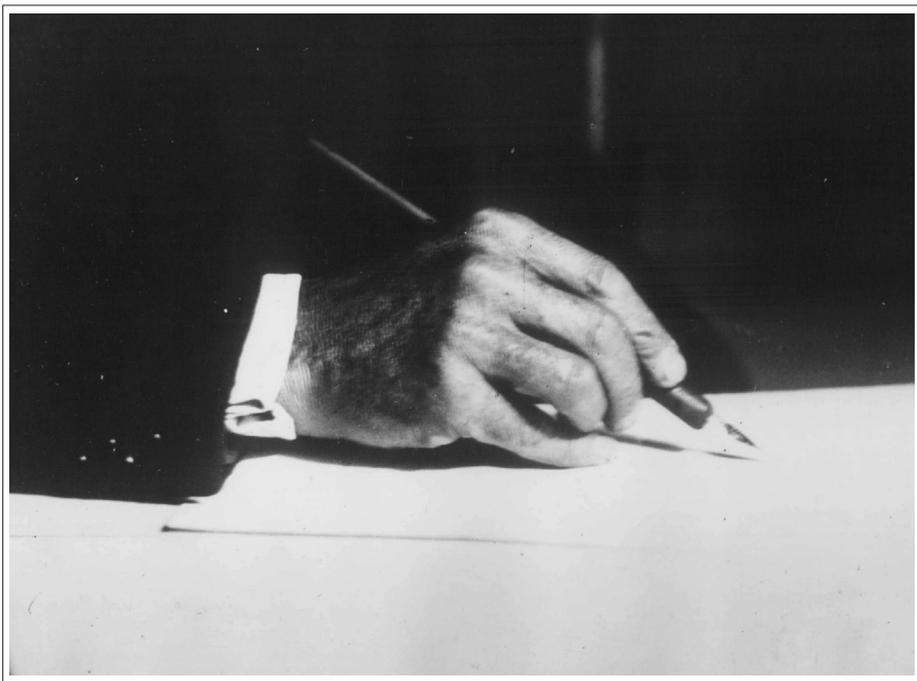
Ese hombre que sabe que su destino es “estar ahí para la muerte” (Heidegger) lucha contra el límite como si esa lucha lo justificara. Exceder el límite es cruzar las columnas de Hércules y llegar como el Ulises de Dan-

te, a conocer la verdad y la ciencia (*Divina Comedia*, Inf. Can. XXVI). El hombre sucumbe alucinado, sin poder mirar de frente su momento final. Los perros también reciben su castigo por el conocimiento y son degradados a vivir como ladrones.

LEONARDO GARET es escritor y docente. Nacido en Salto, República Oriental del Uruguay; en 1973, se inició como profesor en el Instituto de Estudios Superiores, en la cátedra de Literatura Uruguaya, y en la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras, en la de Literatura Española. Su obra literaria comprende poesía, ficción y libros de crítica. Ha recibido numerosos premios y reconocimientos; recientemente, el nombramiento de Académico de la Academia Nacional de Letras del Uruguay.

Especialista en la obra del escritor Horacio Quiroga, desde julio de 2006 es Coordinador General de la Casa Museo de Quiroga en Salto. Ha publicado *Encuentro con Quiroga* (1994), *Horacio Quiroga por uruguayos* (1995) y la edición de *Cuentos Completos* (2002-2003). En agosto de 2008 dictó una conferencia sobre la vida del escritor en la inauguración de la Exposición “Horacio Quiroga en el Chaco. Fotografías, cartas y literatura”, en Puerto Tirol, provincia del Chaco.





La mano del escritor



CUENTOS DE LA LLANURA  
Y DEL MONTE CHAQUEÑOS



## LA SERPIENTE DE CASCABEL

La serpiente de cascabel es un animal bastante tonto y ciego. Ve apenas, y a muy corta distancia. Es pesada, somnolienta, sin iniciativa alguna para el ataque; de modo que nada más fácil que evitar sus mordeduras, a pesar del terrible veneno que la asiste. Los peones correntinos, que bien la conocen, suelen divertirse a su costa, hostigándola con el dedo que dirigen rápidamente a uno y otro lado de la cabeza. La serpiente se vuelve sin cesar hacia donde siente la acometida, rabiosa. Si el hombre no la mata, permanece varias horas erguida, atenta al menor ruido.

Su defensa es a veces bastante rara. Cierta día un boyero me dijo que en el hueco de un lapacho quemado —a media cuadra de casa— había una enorme. Fui a verla; dormía profundamente. Apoyé un palo en medio de su cuerpo, y la apreté todo lo que pude contra el fondo de su hueco. En seguida sacudió el cascabel, se irguió y tiró tres rápidos mordiscos al tronco, no a mi vara que la oprimía, sino a un punto cualquiera del lapacho. ¿Cómo no se dio cuenta de que su enemigo, a quien debía atacar, era el palo que le estaba rompiendo las vértebras? Tenía 1,45 metros. Aunque grande, no era excesiva; pero como esos animales son extraordinariamente gruesos, el boyerito, que la vio arrollada, tuvo una idea enorme de su tamaño.

Otra de las rarezas, en lo que se refiere a esta serpiente, es el ruido de su cascabel. A pesar de las zoologías y los naturalistas más o menos de oídas, el ruido aquel no se parece absolutamente al de un cascabel: es una vibración opaca y precipitada, muy igual a la que produce un despertador cuya campanilla se aprieta con la mano, o, mejor aún, a un escape de cuerda de reloj. Esto del escape de cuerda suscita uno de los porvenires más turbios que haya tenido, y fue origen de la muerte de uno de mis aguarás.

La cosa fue así: una tarde de setiembre, en el interior del Chaco, fui al arroyo a sacar algunas vistas fotográficas. Hacía mucho calor. El agua, tersa por la calma del atardecer, reflejaba inmóviles las palmeras. Llevaba en una mano la maquinaria, y en la otra el winchester, pues los yacarés comenzaban a revivir con la primavera. Mi compañero llevaba el machete.

El pajonal, quemado y maltrecho en la orilla, facilitaba mi campaña fotográfica. Me alejé buscando un punto de vista, lo hallé, y al afirmar el trípode sentí un ruido estridente, como el que producen en verano ciertas langostitas verdes. Miré alrededor: no hallé nada. El suelo estaba ya bastante oscuro. Como el ruido seguía, fijándome bien vi detrás de mí, a un metro, una tortuga enorme. Como me pareció raro el ruido que hacía, me incliné sobre ella: no era tortuga sino una serpiente de cascabel, a cuya cabeza levantada, pronta para morder, había acercado curiosamente la cara.

Era la primera vez que veía tal animal, y menos aún tenía idea de esa vibración seca, a no ser el bonito cascabeleo que nos cuentan las Historias Naturales. Di un salto atrás, y le atravesé el cuello de un balazo. Mi compañero, lejos, me preguntó a gritos qué era.

— ¡Una víbora de cascabel! —le grité a mi vez. Y un poco brutalmente, seguí haciendo fuego sobre ella hasta deshacerle la cabeza.

Yo tenía entonces ideas muy positivas sobre la bravura y acometida de esa culebra; si a esto se añade la sacudida que acababa de tener, se comprenderá mi ensañamiento. Medía 1,60 metros, terminando en ocho cascabeles, es decir, ocho piezas. Este parece ser el número común, no obstante decirse que cada año el animal adquiere un nuevo disco.

Mi compañero llegó; gozaba de un fuerte espanto tropical. Atamos la serpiente al cañón del winchester, y marchamos a casa. Ya era de noche. La tendimos en el suelo, y los peones, que vinieron a verla, me enteraron de lo siguiente: si uno mata una víbora de cascabel, la compañera lo sigue a uno hasta vengarse.

—Te sigue, che, patrón.

Los peones evitan por su parte esta dantesca persecución, no incurriendo casi nunca en el agravio de matar víboras.

Fui a lavarme las manos. Mi compañero entró en el rancho a dejar la máquina en un rincón, y en seguida oí su voz.

— ¿Qué tiene el obturador?

— ¿Qué cosa? —le respondí desde afuera.

—El obturador. Está dando vueltas el resorte.

Presté oído, y sentí, como una pesadilla, la misma vibración estridente y seca que acababa de oír en el arroyo.

— ¡Cuidado! —le grité tirando el jabón—. ¡Es una víbora de cascabel!

Corrí, porque sabía de sobra que el animal cascabelea solamente cuando siente el enemigo al lado. Pero ya mi compañero había tirado máquina y todo, y salía de adentro con los ojos desorbitados.

En esa época el rancho no estaba concluido, y a guisa de pared habíamos recostado contra la cumbre sur dos o tres chapas de zinc. Entre

éstas y el banco de carpintero debía estar el animal. Ya no se movía más. Di una patada en el zinc, y el cascabel sonó de nuevo. Por dentro era imposible atacarla, pues el banco nos cerraba el camino. Descolgué cautelosamente la escopeta del rincón oscuro, mi compañero encendió el farol de viento, y dimos vuelta al rancho. Hicimos saltar el puntal que sostenía las chapas, y éstas cayeron hacia atrás. Instantáneamente, sobre el fondo oscuro, apareció la cabeza iluminada de la serpiente, en alto y mirándonos. Mi compañero se colocó detrás de mí, con el farol alzado para poder apuntar, e hice fuego. El cartucho tenía nueve balines; le llevaron la cabeza.

Sabida es la fama del Chaco, en cuanto a víboras. Había llegado en invierno, sin hallar una. Y he aquí que el primer día de calor, en el intervalo de quince minutos, dos fatales serpientes de cascabel, y una de ellas dentro de casa...

Esa noche dormí mal, con el constante escape de cuerda en el oído. Al día siguiente el calor continuó. De mañana, al saltar el alambrado de la chacra, tropecé con otra: vuelta a los tiros, esta vez de revólver.

A la siesta las gallinas gritaron y sentí los aullidos de un aguará. Salté afuera y encontré al pobre animalito tetanizado ya por dos profundas mordeduras, y una nube azulada en los ojos. Tenía apenas veinte días. A diez metros, sobre la greda resquebrajada, se arrastraba la cuarta serpiente en 18 horas. Pero esta vez usé un palo, arma más expresiva y obvia que la escopeta.

Durante dos meses y en pleno verano, no vi otra víbora más. Después sí; pero, para lenitivo de la intranquilidad pasada, no con la turbadora frecuencia del principio.

*La serpiente de cascabel*, cuento publicado en *Caras y Caretas*, Bs. As., año 9, N° 411, ag. 18, 1906. Incluido como “Cuentos no recopilados en libros”, en la edición de *Cuentos Completos*, 2 volúmenes, Seix Barral, 1997.\*

\*El libro de Walter Rela, *Horacio Quiroga. Guía bibliográfica*, Montevideo, Ulises, 1967, ha sido fuente de datos para nuestra edición.



## LA INSOLACIÓN

El cachorro *Old* salió por la puerta y atravesó el patio con paso recto y perezoso. Se detuvo en la linde del pasto, estiró al monte, entrecerrando los ojos, la nariz vibrátil y se sentó tranquilo. Veía la monótona llanura del Chaco, con sus alternativas de campo y monte, monte y campo, sin más color que el crema del pasto y el negro del monte. Éste cerraba el horizonte a doscientos metros, por tres lados de la chacra. Hacia el oeste el campo se ensanchaba y extendía en abra, pero que la ineludible línea sombría enmarcaba a lo lejos.

A esa hora temprana, el confín, ofuscante de luz a mediodía, adquiriría reposada nitidez. No había una nube ni un soplo de viento. Bajo la calma del cielo plateado, el campo emanaba tónica frescura, que traía al alma pensativa, ante la certeza de otro día de seca, melancolías de mejor compensado trabajo.

*Milk*, el padre del cachorro, cruzó a su vez el patio y se sentó al lado de aquél, con perezoso quejido de bienestar. Ambos permanecían inmóviles, pues aún no había moscas.

*Old*, que miraba hacía rato la vera del monte, observó:

—La mañana es fresca.

*Milk* siguió la mirada del cachorro y quedó con la vista fija, parpadeando distraído. Después de un rato, dijo:

–En aquel árbol hay dos halcones.

Volvieron la vista indiferente a un buey que pasaba y continuaron mirando por costumbre las cosas.

Entretanto, el oriente comenzaba a empurpurarse en abanico, y el horizonte había perdido ya su matinal precisión. *Milk* cruzó las patas delanteras y sintió leve dolor. Miró sus dedos sin moverse, decidiéndose por fin a olfatearlos. El día anterior se había sacado un pique, y en recuerdo de lo que había sufrido lamió extensamente el dedo enfermo.

–No podía caminar –exclamó en conclusión.

*Old* no comprendió a qué se refería. *Milk* agregó:

–Hay muchos piques.

Esta vez el cachorro comprendió. Y repuso por su cuenta, después de largo rato:

–Hay muchos piques.

Uno y otro callaron de nuevo, convencidos.

El sol salió; y en el primer baño de luz, las pavas del monte lanzaron al aire puro el tumultuoso trompeteo de su charanga. Los perros, dorados al sol oblicuo, entornaron los ojos, dulcificando su molicie en beato pestañeo. Poco a poco la pareja aumentó con la llegada de los otros compañeros: *Dick*, el taciturno preferido; *Prince*, cuyo labio superior, partido por un coatí, dejaba ver los dientes, e *Isondú*, de nombre indígena. Los cinco *fox-terriers*, tendidos y muertos de bienestar, durmieron.

Al cabo de una hora irguieron la cabeza; por el lado opuesto del bizarro rancho de dos pisos –el inferior de barro y el alto de madera, con

corredores y baranda de *chalet*— habían sentido los pasos de su dueño, que se detuvo un momento en la esquina del rancho y miró el sol, alto ya. Tenía aún la mirada muerta y el labio pendiente, tras su solitaria velada de *whisky*, más prolongada que las habituales.

Mientras se lavaba, los perros se acercaron y le olfatearon las botas, meneando con pereza el rabo. Como las fieras amaestradas, los perros conocen el menor indicio de borrachera en su amo. Alejáronse con lentitud a echarse de nuevo al sol. Pero el calor creciente les hizo presto abandonar aquél por la sombra de los corredores.

El día avanzaba igual a los precedentes de todo ese mes: seco, límpido, con catorce horas de sol calcinante que parecía mantener el cielo en fusión, y que en un instante resquebrajaba la tierra mojada en costras blanquecinas. Míster Jones fue a la chacra, miró el trabajo del día anterior y retornó al rancho. En toda esa mañana no hizo nada. Almorzó y subió a dormir la siesta.

Los peones volvieron a las dos a la carpición, no obstante la hora de fuego, pues los yuyos no dejaban el algodonal. Tras ellos fueron los perros, muy amigos del cultivo desde que el invierno pasado hubieron aprendido a disputar a los halcones los gusanos blancos que levantaba el arado. Cada perro se echó bajo un algodonero, acompañando con su jadeo los golpes sordos de la azada.

Entretanto el calor crecía. En el paisaje silencioso y encegueciente de sol, el aire vibraba a todos lados, dañando la vista. La tierra removida exhalaba vaho de horno, que los peones soportaban sobre la cabeza, envuelta hasta las orejas en el flotante pañuelo, con el mutismo de sus trabajos de chacra. Los perros cambiaban a cada rato de planta, en procura de más

fresca sombra. Tendíanse a lo largo, pero la fatiga los obligaba a sentarse sobre las patas traseras para respirar mejor.

Reverberaba ahora adelante de ellos un pequeño páramo de greda que ni siquiera habían intentado arar. Allí, el cachorro vio de pronto a Míster Jones que lo miraba fijamente, sentado sobre un tronco. *Old* se puso en pie, meneando el rabo. Los otros levantáronse también, pero erizados.

– ¡Es el patrón! –exclamó el cachorro, sorprendido de la actitud de aquéllos.

–No, no es él –replicó *Dick*.

Los cuatro perros estaban juntos gruñendo sordamente, sin apartar los ojos de míster Jones, que continuaba inmóvil, mirándolos. El cachorro, incrédulo, fue a avanzar, pero *Prince* le mostró los dientes:

–No es él, es la Muerte.

El cachorro se erizó de miedo y retrocedió al grupo.

– ¿Es el patrón muerto? –preguntó ansiosamente. Los otros, sin responderle, rompieron a ladrar con furia, siempre en actitud temerosa. Pero míster Jones se desvanecía ya en el aire ondulante.

Al oír los ladridos, los peones habían levantado la vista, sin distinguir nada. Giraron la cabeza para ver si había entrado algún caballo a la chacra, y se doblaron de nuevo.

Los *fox-terriers* volvieron al paso al rancho. El cachorro, erizado aún, se adelantaba y retrocedía con cortos trotes nerviosos, y supo de la experiencia de sus compañeros que cuando una cosa va a morir, aparece antes.

– ¿Y cómo saben que ése que vimos no era el patrón vivo? –preguntó.

–Porque no era él –le respondieron, displicentes.

¡Luego la Muerte, y con ella el cambio de dueño, las miserias, las patadas, estaba sobre ellos! Pasaron el resto de la tarde al lado de su patrón, sombríos y alerta. Al menor ruido gruñían, sin saber hacia dónde. Míster Jones sentíase satisfecho de su guardiana inquietud.

Por fin el sol se hundió tras el negro palmar del arroyo, y en la calma de la noche plateada los perros se estacionaron alrededor del rancho, en cuyo piso alto míster Jones recomenzaba su velada de *whisky*. A medianoche oyeron sus pasos, luego la doble caída de las botas en el piso de tablas, y la luz se apagó. Los perros, entonces, sintieron más el próximo cambio de dueño, y solos, al pie de la casa dormida, comenzaron a llorar. Lloraban en coro, volcando sus sollozos convulsivos y secos como masticando, en un aullido de desolación, que la voz cazadora de *Prince* sostenía, mientras los otros tomaban el sollozo de nuevo. El cachorro sólo podía ladrar. La noche avanzaba, y los cuatro perros de edad, agrupados a la luz de la luna, el hocico extendido e hinchado de lamentos –bien alimentados y acariciados por el dueño que iban a perder– continuaban llorando su doméstica miseria.

A la mañana siguiente míster Jones fue él mismo a buscar las mulas y las unció a la carpidora, trabajando hasta las nueve. No estaba satisfecho, sin embargo. Fuera de que la tierra no había sido nunca bien rastreada, las cuchillas no tenían filo, y con el paso rápido de las mulas la carpidora saltaba. Volvió con ésta y afiló sus rejas; pero un tornillo en que ya al comprar la máquina había notado una falla, se rompió al armarla. Mandó un peón al obraje próximo, recomendándole cuidara del caballo, un buen animal, pero asoleado. Alzó la cabeza al sol fundente de mediodía, e insistió en que no galopara ni un momento. Almorzó en seguida y subió. Los perros, que en la mañana no habían dejado un segundo a su patrón, se quedaron en

los corredores.

La siesta pesaba, agobiada de luz y silencio. Todo el contorno estaba brumoso por las quemazones. Alrededor del rancho la tierra blancuzca del patio deslumbraba por el sol a plomo, parecía deformarse en trémulo hervor, que adormecía los ojos parpadeantes de los *fox-terriers*.

—No ha aparecido más —dijo *Milk*.

*Old*, al oír *aparecido* levantó vivamente las orejas.

Incitado por la evocación, el cachorro se puso de pie y ladró, buscando a aquél. Al rato calló, entregándose con sus compañeros a su defensiva cacería de moscas.

—No vino más —agregó *Isondú*.

—Había una lagartija bajo el raigón —recordó por primera vez *Prince*.

Una gallina, el pico abierto y las alas apartadas del cuerpo, cruzó el patio incandescente con su pesado trote de calor. *Prince* la siguió perezosamente con la vista y saltó de golpe.

—¡Viene otra vez! —gritó.

Por el norte del patio avanzaba solo el caballo en el que había ido el peón. Los perros se arquearon sobre las patas, ladrando con prudente furia a la Muerte que se acercaba. El animal caminaba con la cabeza baja, aparentemente indeciso sobre el rumbo que debía seguir. Al pasar frente al rancho dio unos cuantos pasos en dirección al pozo, y se desvaneció progresivamente en la cruda luz.

Míster Jones bajó; no tenía sueño. Disponíase a proseguir el montaje de la carpidora, cuando vio llegar inesperadamente al peón a caballo. A pesar de su orden, tenía que haber galopado para volver a esa hora. Apenas libre y concluida su misión, el pobre caballo, en cuyos ijares era imposible

contar los latidos, tembló agachando la cabeza y cayó de costado. Míster Jones mandó al peón a la chacra, con el rebenque aún en la mano, para no echarlo si continuaba oyendo sus jesuíticas disculpas.

Pero los perros estaban contentos. La Muerte, que buscaba a su patrón, se había conformado con el caballo. Sentíanse alegres, libres de preocupación, y en consecuencia disponíanse a ir a la chacra tras el peón, cuando oyeron a míster Jones que le gritaba, lejos ya, pidiéndole el tornillo. No había tornillo: el almacén estaba cerrado, el encargado dormía, etc. Míster Jones, sin replicar, descolgó su casco y salió él mismo en busca del utensilio. Resistía el sol como un peón, y el paseo era maravilloso contra su mal humor.

Los perros salieron con él, pero se detuvieron a la sombra del primer algarrobo; hacía demasiado calor. Desde allí, firmes en las patas, el ceño contraído y atento, lo veían alejarse. Al fin el temor a la soledad pudo más, y con agobiado trote siguieron tras él.

Míster Jones obtuvo su tornillo y volvió. Para acortar distancia, desde luego, evitando la polvorienta curva del camino, marchó en línea recta a su chacra. Llegó al riacho y se internó en el pajonal, el diluviano pajonal del Saladito, que ha crecido, secado y retoñado desde que hay paja en el mundo, sin conocer fuego. Las matas arqueadas en bóveda a la altura del pecho, se entrelazaban en bloques macizos. La tarea de cruzarlo, sería ya en día fresco, era muy dura a esa hora. Míster Jones lo atravesó, sin embargo, braceando entre la paja restallante y polvorienta por el barro que dejaban las crecientes, ahogado de fatiga y acres vahos de nitrato.

Salió por fin y se detuvo en la linde; pero era imposible permanecer quieto bajo ese sol y ese cansancio. Marchó de nuevo. Al calor quemante

que crecía sin cesar desde tres días atrás agregábase ahora el sofocamiento del tiempo descompuesto. El cielo estaba blanco y no se sentía un soplo de viento. El aire faltaba, con la angustia cardíaca que no permitía concluir la respiración.

Míster Jones se convenció de que había traspasado su límite de resistencia. Desde hacía rato le golpeaba en los oídos el latido de la carótida. Sentíase en el aire, como si dentro de la cabeza le empujaran el cráneo hacia arriba. Se mareaba mirando el pasto. Apresuró la marcha para acabar con eso de una vez... y de pronto volvió en sí y se halló en distinto paraje: había caminado media cuadra sin darse cuenta de nada. Miró atrás y la cabeza se le fue en un nuevo vértigo.

Entre tanto, los perros seguían tras él, trotando con toda la lengua afuera. A veces, asfixiados, deteníanse en la sombra de un espartillo, se sentaban, precipitando su jadeo, pero volvían al tormento del sol. Al fin, como la casa estaba ya próxima, apuraron el trote.

Fue en ese momento cuando *Old*, que iba adelante, vio tras el alambrado de la chacra a míster Jones, vestido de blanco, que caminaba hacia ellos. El cachorro, con súbito recuerdo, volvió la cabeza a su patrón y confrontó.

— ¡La Muerte, la Muerte! —aulló.

Los otros lo habían visto también, y ladraban erizados. Vieron que míster Jones atravesaba el alambrado, y un instante creyeron que se iba a equivocar; pero al llegar a cien metros se detuvo, miró el grupo con sus ojos celestes, y marchó adelante.

— ¡Que no camine ligero el patrón! —exclamó *Prince*.

— ¡Va a tropezar con él! —aullaron todos.

En efecto, el otro, tras breve hesitación, había avanzado, pero no directamente sobre ellos, como antes, sino en línea oblicua y en apariencia errónea, pero que debía llevarlo justo al encuentro de míster Jones. Los perros comprendieron que esta vez todo concluía, porque su patrón continuaba caminando a igual paso como un autómeta, sin darse cuenta de nada. El otro llegaba ya. Los perros hundieron el rabo y corrieron de costado, aullando. Pasó un segundo y el encuentro se produjo. Míster Jones se detuvo, giró sobre sí mismo y se desplomó.

Los peones, que lo vieron caer, lo llevaron a prisa al rancho, pero fue inútil toda el agua; murió sin volver en sí. Míster Moore, su hermano materno, fue allá desde Buenos Aires, estuvo una hora en la chacra, y en cuatro días liquidó todo, volviéndose en seguida al Sur. Los indios se repartieron los perros, que vivieron en adelante flacos y sarnosos, e iban todas las noches con hambriento sigilo a robar espigas de maíz en las chacras ajenas.

*La insolación*, cuento publicado en *Caras y Caretas*, Bs. As., año 11, Nº 492, mar. 7, 1908. Incluido en el libro *Cuentos de amor de locura y de muerte* (1917).



## EL MONTE NEGRO

Cuando los asuntos se pusieron decididamente mal, Borderán y Cía., capitalistas de la empresa de Quebracho y Tanino del Chaco, quitaron a Braccamonte la gerencia. A los dos meses la empresa, falta de la vivacidad del italiano, que era en todo caso el único capaz de haberla salvado, iba a la liquidación. Borderán acusó furiosamente a Braccamonte por no haber visto que el quebracho era pobre; que la distancia a puerto era mucha; que el tanino iba a bajar; que no se hacen contratos de sogá al cuello en el Chaco —léase chasco—; que, según informes, los bueyes eran viejos y las alzaprimas más, etcétera, etcétera. En una palabra, que no entendía de negocios. Braccamonte, por su parte, gritaba que los famosos 100.000 pesos invertidos en la empresa, lo fueron con una parsimonia tal, que cuando él pedía 4.000 pesos, enviábanle 3.500; cuando 2.000, 1.800. Y así todo. Nunca consiguió la cantidad exacta. Aun a la semana de un telegrama recibió 800 pesos en vez de 1.000 que había pedido.

Total: lluvias inacabables, acreedores urgentes, la liquidación, y Braccamonte en la calle, con 10.000 pesos de deuda.

Este solo detalle debería haber bastado para justificar la buena fe de Braccamonte, dejando a su completo cargo la deficiencia de dirección.

Pero la condena pública fue absoluta: mal gerente, pésimo administrador, y aun cosas más graves.

En cuanto a su deuda, los mayoristas de la localidad perdieron desde el primer momento toda esperanza de satisfacción. Hízose broma de esto en Resistencia.

“¿Y usted no tiene cuentas con Braccamonte?” , era lo primero que se decían dos personas al encontrarse. Y las carcajadas crecían si, en efecto, acertaban. Concedían a Braccamonte ojo perspicaz para adivinar un negocio, pero sólo eso. Hubieran deseado menos cálculos brillantes y más actividad reposada. Negábanle, sobre todo, experiencia del terreno. No era posible llegar así a un país y triunfar de golpe en lo más difícil que hay en él. No era capaz de una tarea ruda y juiciosa, y mucho menos visto el cuidado que el advenedizo tenía de su figura: no era hombre de trabajo.

Ahora bien, aunque a Braccamonte le dolía la falta de fe en su honradez, ésta le exasperaba menos, a fuer de italiano ardiente, que la creencia de que él no fuera capaz de ganar dinero. Con su hambre de triunfo, rababa tras ese primer fracaso.

Pasó un mes nervioso, hostigando su imaginación. Hizo dos o tres viajes a Rosario, donde tenía amigos, y por fin dio con su negocio: comprar por menos de nada una legua de campo en el suroeste de Resistencia y abrirle salida al Paraná, aprovechando el alza del quebracho.

En esa región de esteros y zanjones la empresa era fuerte, sobre todo debiendo efectuarla a todo vapor; pero Braccamonte ardía como un tizón. Asocióse con Banker, sujeto inglés, viejo contrabandista de obraje, y a los tres meses de su bancarrota emprendía marcha al Salado, con bueyes, carretas, mulas y útiles. Como obra preparatoria tuvieron que construir

sobre el Salado una balsa de cuarenta bordelesas. Braccamonte, con su ojo preciso de ingeniero nato, dirigía los trabajos.

Pasaron. Marcharon luego dos días, arrastrando penosamente las carretas y alzaprims hundidas en el estero, y llegaron al fin al Monte Negro.

Sobre la única loma del país hallaron agua a tres metros, y el pozo se afianzó con cuatro bordelesas desfondadas. Al lado levantaron el rancho campal, y en seguida comenzó la tarea de los puentes. Las cinco leguas desde el campo al Paraná estaban cortadas por zanjones y riachos, en que los puentes eran indispensables. Se cortaban palmas en la barranca y se las echaba en sentido longitudinal a la corriente, hasta llenar la zanja. Se cubría todo con tierra, y una vez pasados bagajes y carretas avanzaban todos hacia el Paraná.

Poco a poco se alejaban del rancho, y a partir del quinto puente tuvieron que acampar sobre el terreno de operaciones. El undécimo fue la obra más seria de la campaña. El riacho tenía 60 metros de ancho, y allí no era utilizable el desbarrancamiento en montón de palmas. Fue preciso construir en forma pilares de palmeras, que se comenzaron arrojando las palmas, hasta lograr con ellas un piso firme. Sobre este piso colocaban una línea de palmeras nivelada, encima otra transversal, luego una longitudinal, y así hasta conseguir el nivel de la barranca. Sobre el plano superior tendían una línea definitiva de palmas, afirmadas con clavos de urunday a estaciones verticales, que afianzaban el primer pilar del puente. Desde esta base repetían el procedimiento, avanzando otros cuatro metros hacia la barranca opuesta. En cuanto al agua, filtraba sin ruido por entre los troncos.

Pero esa tarea fue lenta, pesadísima, en un terrible verano, y duró

dos meses. Como agua, artículo principal, tenían la límpida, si bien oscura, del riacho. Un día, sin embargo, después de una noche de tormenta, aquél amaneció plateado de peces muertos. Cubrían el riacho y derivaban sin cesar. Recién al anochecer, disminuyeron. Días después pasaba aún uno que otro. A todo evento, los hombres se abstuvieron por una semana de tomar esa agua, teniendo que enviar un peón a buscar la del pozo, que llegaba tibia.

No era sólo esto. Los bueyes y mulas se perdían de noche en el campo abierto, y los peones, que salían al aclarar, volvían con ellos ya alto el sol, cuando el calor agotaba a los bueyes en tres horas. Luego pasaban toda la mañana en el riacho luchando, sin un momento de descanso, contra la falta de iniciativa de los peones, teniendo que estar en todo, escogiendo las palmas, dirigiendo el derrumbe, afirmando, con los brazos arremangados, los catres de los pilares, bajo el sol de fuego y el vaho asfixiante del pajonal, hinchados por tábanos y barigüís . La greda amarilla y reverberante del palmar les irritaba los ojos y quemaba los pies. De vez en cuando sentíanse detenidos por la vibración crepitante de una serpiente de cascabel, que sólo se hacía oír cuando estaban a punto de pisarla.

Concluida la mañana, almorzaban. Comían, mañana y noche, un plato de locro, que mantenían alejado sobre las rodillas, para que el sudor no cayera dentro. Esto, bajo su único albergue, un cobertizo hecho con cuatro chapas de cinc, que encogecían entre moarés de aire caldeado. Era tal allí el calor, que no se sentía entrar el aire en los pulmones. Las barretas de fierro quemaban en la sombra.

Dormían la siesta, defendidos de los polvorines por mosquiteros de gasa que, permitiendo apenas pasar el aire, levantaban aún la temperatura.

Con todo, ese martirio era preferible al de los polvorines.

A las dos volvían a los puentes, pues debían a cada momento reemplazar a un peón que no comprendía bien, hundidos hasta las rodillas en el fondo podrido y fofo del riacho, que burbujeaba a la menor remoción, exhalando un olor nauseabundo. Como en estos casos no podían separar las manos del tronco, que sostenían en alto a fuerza de riñones, los tábanos los agujijoneaban a mansalva.

Pero, no obstante esto, el momento verdaderamente duro era el de la cena. A esa hora el estero comenzaba a zumbar, y enviaba sobre ellos nubes de mosquitos, tan densas, que tenían que comer el plato de locro caminando de un lado para otro. Aun así no lograban paz; o devoraban mosquitos o eran devorados por ellos. Dos minutos de esta tensión acababa con los nervios más templados.

En estas circunstancias, cuando acarreaban tierra al puente grande, llovió cinco días seguidos, y el charque se concluyó. Los zanjones, desbordados, imposibilitaron nueva provista, y tuvieron que pasar quince días a locro guacho, maíz cocido en agua únicamente. Como el tiempo continuó pesado, los mosquitos recrudecieron en forma tal que ya ni caminando era posible librar el locro de ellos. En una de esas tarde, Banker, que se paseaba entre un oscuro nimbo de mosquitos, sin hablar una palabra, tiró de pronto el plato contra el suelo, y dijo que no era posible vivir más así; que eso no era vida; que él se iba. Fue menester todo el calor elocuente de Braccamonte, y en especial la evocación del muy serio contrato entre ellos para que Banker se calmara. Pero Braccamonte, en su interior, había pasado tres días maldiciéndose a sí mismo por esa estúpida empresa.

El tiempo se afirmó por fin, y aunque el calor creció y el viento

norte sopló su fuego sobre las caras, sentíase aire en el pecho por lo menos. La vida suavizóse algo –más carne y menos mosquitos de comida–, y concluyeron por fin el puente grande, tras dos meses de penurias. Había devorado 2700 palmas. La mañana en que echaron la última palada de tierra, mientras las carretas lo cruzaban entre la gritería de triunfo de los peones, Braccamonte y Banker, parados uno al lado de otro, miraron largo rato su obra común, cambiando cortas observaciones a su respecto, que ambos comprendían sin oírlos casi.

Los demás puentes, pequeños todos, fueron un juego, además de que al verano había sucedido un seco y frío otoño. Hasta que por fin llegaron al río.

Así, en seis meses de trabajo rudo y tenaz, quebrantos y cosas amargas, mucho más para contadas que pasadas, los dos socios construyeron catorce puentes, con la sola ingeniería de su experiencia y de su decisión incontrastable. Habían abierto puerto a la madera sobre el Paraná, y la especulación estaba hecha. Pero salieron de ella con las mejillas excavadas, las duras manos jaspeadas por blancas cicatrices de granos, con rabiosas ganas de sentarse en paz a una mesa con mantel.

Un mes después –el quebracho siempre en suba–, Braccamonte había vendido su campo, comprado en 8000 pesos, en 22.000. Los comerciantes de Resistencia no cupieron de satisfacción al verse pagados, cuando ya no lo esperaban, aunque creyeron siempre que en la cabeza del italiano había más fantasía que otra cosa.

*El Monte Negro*, cuento publicado en *Caras y Caretas*, Bs. As., año 11, N° 505, jun. 6, 1908. Incluido en el libro *Anaconda*, 1921.

## LOS CAZADORES DE RATAS

Una siesta de invierno, las víboras de cascabel, que dormían extendidas sobre la greda, se arrollaron bruscamente al oír insólito ruido. Como la vista no es su agudeza particular, las víboras mantuviéronse inmóviles, mientras prestaban oído.

–Es el ruido que hacían aquéllos... –murmuró la hembra.

–Sí, son voces de hombre; son hombres –afirmó el macho.

Y pasando una por encima de la otra se retiraron veinte metros. Desde allí miraron. Un hombre alto y rubio y una mujer rubia y gruesa se habían acercado y hablaban observando los alrededores. Luego, el hombre midió el suelo a grandes pasos, en tanto que la mujer clavaba estacas en los extremos de cada recta. Conversaron después, señalándose mutuamente distintos lugares, y por fin se alejaron.

–Van a vivir aquí –dijeron las víboras–. Tendremos que irnos.

En efecto, al día siguiente llegaron los colonos con un hijo de tres años y una carreta en que había catres, cajones, herramientas sueltas y gallinas atadas a la baranda. Instalaron la carpa, y durante semanas trabajaron todo el día. La mujer interrumpíase para cocinar, y el hijo, un osezno blanco, gordo y rubio, ensayaba de un lado a otro su infantil marcha de pato.

Tal fue el esfuerzo de la gente aquella, que al cabo de un mes tenían pozo, gallinero y rancho prontos, aunque a éste faltaban aún las puertas. Después, el hombre ausentóse por todo un día, volviendo al siguiente con ocho bueyes, y la chacra comenzó.

Las víboras, entre tanto, no se decidían a irse de su paraje natal. Solían llegar hasta la linde del pasto carpido, y desde allí miraban la faena del matrimonio. Un atardecer en que la familia entera había ido a la chacra, las víboras, animadas por el silencio, se aventuraron a cruzar el peligroso páramo y entraron en el rancho. Recorrieronlo, con cauta curiosidad, resregando su piel áspera contra las paredes.

Pero allí había ratas; y desde entonces tomaron cariño a la casa. Llegaban todas las tardes hasta el límite del patio y esperaban atentas a que aquélla quedara sola. Raras veces tenían esa dicha, y a más, debían precaverse de las gallinas con pollos, cuyos gritos, si las veían, delatarían su presencia.

De este modo, un crepúsculo en que la larga espera habíalas distraído, fueron descubiertas por una gallineta, que después de mantener un rato el pico extendido, huyó a toda ala abierta, gritando. Sus compañeras comprendieron el peligro sin ver, y la imitaron.

El hombre, que volvía del pozo con un balde, se detuvo al oír los gritos. Miró un momento, y dejando el balde en el suelo se encaminó al paraje sospechoso. Al sentir su aproximación, las víboras quisieron huir, pero únicamente una tuvo el tiempo necesario, y el colono halló sólo al macho. El hombre echó una rápida ojeada alrededor buscando un arma y llamó, los ojos fijos en el gran rollo oscuro:

— ¡Hilda! ¡Alcánzame la azada, ligero! ¡Es una serpiente de cascabel!

La mujer corrió y entregó ansiosa la herramienta a su marido. El filo de la azada descargada con terrible fuerza, cercenó totalmente la cabeza.

Tiraron luego lejos, más allá del gallinero, el cuerpo muerto, y la hembra lo halló por casualidad al otro día. Cruzó y recruzó cien veces por encima de él, y se alejó al fin, yendo a instalarse como siempre en la linde del pasto, esperando pacientemente a que la casa quedara sola.

La siesta calcinaba el paisaje en silencio; la víbora había cerrado los ojos amodorrada, cuando de pronto se replegó vivamente: acababa de ser descubierta de nuevo por las gallinetas, que quedaron esta vez girando en torno suyo gritando todas a contratiempo. La víbora mantúvose quieta, prestando oído. Sintió al rato ruido de pasos: la Muerte. Creyó no tener tiempo de huir, y se aprestó con toda su energía vital a defenderse.

En la casa dormían todos, menos el chico. Al oír los gritos de las gallinetas, apareció en la puerta, y el sol quemante le hizo cerrar los ojos. Titubeó un instante, perezoso, y al fin se dirigió con su marcha de pato a ver a sus amigas las gallinetas. En la mitad del camino se detuvo, indeciso de nuevo, evitando el sol con el brazo. Pero las gallinetas continuaban en girante alarma, y el osezno rubio avanzó.

De pronto lanzó un grito y cayó sentado. La víbora, presta de nuevo a defender su vida, deslizóse dos metros y se replegó. Vio a la madre en enaguas y los brazos desnudos asomarse inquieta; la vio correr hacia su hijo, levantarlo y gritar aterrada.

– ¡Otto, Otto! ¡Lo ha picado una víbora!

Vio llegar al hombre, pálido, y lo vio llevar en sus brazos a la criatura atontada. Oyó la carrera de la mujer al pozo, sus voces, y al rato, después de una pausa, su alarido desgarrador:

– ¡Hijo mío!

*Los cazadores de ratas*, cuento publicado en *Caras y Caretas*, Bs. As., N° 525, oct. 24, 1908. Incluido en el libro *El salvaje*, 1920.

Emir Rodríguez Monegal también consideró que el ambiente de este cuento es chaqueño, como puede leerse en *Objetividad de Horacio Quiroga*, citado por O. Masotta y J. Lafforgue en la Cronología introductoria del libro *Horacio Quiroga* de Noé Jitrik, Montevideo, Arca, 1967, p. 24.

## LA CREMA DE CHOCOLATE

Ser médico y cocinero a un tiempo es, a más de difícil, peligroso. El peligro vuélvese realmente grave si el cliente lo es del médico y de su cocina. Esta verdad pudo ser comprobada por mí, cierta vez que en el Chaco fui agricultor, médico y cocinero.

Las cosas comenzaron por la medicina, a los cuatro días de llegar allá. Mi campo quedaba en pleno desierto, a ocho leguas de toda población, si se exceptúan un obraje y una estanzuela, vecinos a media legua. Mientras íbamos todas las mañanas mi compañero y yo a construir nuestro rancho, vivíamos en el obraje. Una noche de gran frío fuimos despertados mientras dormíamos, por un indio del obraje, a quien acababan de apalear un brazo. El muchacho gimoteaba muy dolorido. Vi en seguida que no era nada, y sí grande su deseo de farmacia. Como no me divertía levantarme, le froté el brazo con bicarbonato de soda que tenía al lado de la cama.

– ¿Qué le estás haciendo? –me preguntó mi compañero, sin sacar la nariz de sus *plaid*s.

–Bicarbonato –le respondí–. Ahora –me dirigí al indio– no te va a doler más. Pero para que haga buen efecto este remedio, es bueno que te pongas trapos mojados encima.

Claro está, al día siguiente no tenía nada; pero sin la maniobra del polvo blanco encerrado en el frasco azul, jamás el indiecito se hubiera decidido a curarse con sólo trapos fríos.

El segundo eslabón lo estableció el capataz de la estanzuela con quien yo estaba en relación. Vino un día a verme por cierta infección que tenía en una mano, y que persistía desde un mes atrás. Yo tenía un bisturí, y el hombre resistía heroicamente el dolor. Esta doble circunstancia autorizó el destrozo que hice en su carne, sin contar el bicloruro hirviendo, y ocho días después mi hombre estaba curado. Las infecciones, por allá, suelen ser de muy fastidiosa duración; mas mi valor y el del otro –bien que de distinto carácter– vencieronlo todo.

Esto pasaba ya en nuestro algodonal, y tres meses después de haber sido plantado. Mi amistad con el dueño de la estanzuela, que vivía en su almacén en Resistencia, y la bondad del capataz y su mujer, llevábanme a menudo a la estancia. La vieja mujer, sobre todo, tenía cierta respetuosa ternura por mi ciencia y mi democracia. De aquí que quisiera casarme. A legua y media de casa, en pleno estero Arazá, tenía cien vacas y un rebaño de ovejas el padre de mi futura.

– ¡Pobrecita! –me decía Rosa, la mujer del capataz–. Está enferma hace tiempo. ¡Flaca, pobrecita! Andá a curarla, don Fernández, y te casás con ella.

Como los esteros rebosaban agua, no me decidía a ir hasta ella.

– ¿Y es linda? –se me ocurrió un día.

– ¡Pero no ha de... don Fernández! Le voy a mandar a decir al padre, y la vas a curar y te vas a casar con ella.

Desgraciadamente la misma democracia que encantaba a la mujer

del capataz estuvo a punto de echar abajo mi reputación científica.

Una tarde había ido yo a buscar mi caballo sin riendas como lo hacía siempre, y volvía con él a escape, cuando hallé en casa a un hombre que me esperaba. Mi ropa, además, dejaba siempre mucho que desear en punto a corrección. La camisa de lienzo sin un botón, los brazos arremangados, y sin sombrero ni peinado de ninguna especie.

En el patio, un paisano de pelo blanco, muy gordo y fresco, vestido evidentemente con lo mejor que tenía, me miraba con fuerte sorpresa.

–Perdone, don –se dirigió a mí–. ¿Es ésta la casa de don Fernández?

–Sí, señor –le respondí.

Agregó entonces con visible dubitación de persona que no quiere comprometerse.

– ¿Y no está él...?

–Soy yo.

El hombre no concluía de disculparse, hasta que se fue con mi receta y la promesa de que iría a ver a su hija.

Fui y la vi. Tosía un poco, estaba flaquísima, aunque tenía la cara llena, lo que no hacía sino acentuar la delgadez de las piernas. Tenía sobre todo el estómago perdido. Tenía también hermosos ojos, pero al mismo tiempo unas abominables zapatillas nuevas de elástico. Se había vestido de fiesta, y como lujo de calzado no habitual, las zapatillas aquellas.

La chica –se llamaba Eduarda– digería muy mal, y por todo alimento comía tasajo desde que habían empezado las lluvias. Con el más elemental régimen, la muchacha comenzó a recobrar vida.

–Es tu amor, don Fernández. Te quiere mucho a usted –me explicaba Rosa.

Fui en esa primavera dos o tres veces más al Arazá, y lo cierto es que yo podía acaso no ser mal partido para la agradecida familia.

En estas circunstancias, el capataz cumplió años y su mujer me mandó llamar el día anterior, a fin de que yo hiciera un postre para el baile. A fuerza de paciencia y de horribles quematinas de leche, yo había conseguido llegar a fabricarme budines, cremas y hasta huevos quimbos. Como el capataz tenía debilidad visible por la crema de chocolate que había probado en casa, detúveme en ella, ordenando a Rosa que dispusiera para el día siguiente diez litros de leche, sesenta huevos y tres kilos de chocolate. Hubo que enviar por el chocolate a Resistencia, pero volvió a tiempo, mientras mi compañero y yo nos rompíamos la muñeca batiendo huevos.

Ahora bien, no sé aún qué pasó, pero lo cierto es que en plena función de crema, la crema se cortó. Y se cortó de modo tal, que aquello convirtióse en esponja de caucho, una madeja de oscuras hilachas elásticas, algo como estopa empapada en aceite de linaza.

Nos miramos mi compañero y yo: la crema esa parecíase endiabladamente a una muerte súbita. ¿Tirlarla y privar a la fiesta de su principal atractivo...? No era posible. Luego, a más de que ella era nuestra obra personal, siempre muy querida, apagó nuestros escrúpulos el conocimiento que del paladar y estómago de los comensales teníamos. De modo que resolvimos prolongar la cocción del maleficio, con objeto de darle buena consistencia. Hecho lo cual apelmazamos la crema en una olla, y descansamos.

No volvimos a casa; comimos allá. Vinieron la noche y los mosquitos, y asistimos al baile en el patio. Mi enferma, otra vez con sus zapatillas, había llegado con su familia en una carreta. Hacía un calor sofocante, lo que no obstaba para que los peones bailaran con el poncho al hombro, el

13 de enero.

Nuestro postre debía ser comido a las once. Un rato antes mi compañero y yo nos habíamos insinuado hipócritamente en el comedor, buscando moscas por las paredes.

–Van a morir todos –me decía él en voz baja. Yo, sin creerlo, estaba bastante preocupado por la aceptación que pudiera tener mi postre. El primero a quien le cupo familiarizarse con él fue el capataz de los carreros del obraje, un hombrón silencioso, muy cargado de hombros y con enormes pies descalzos. Acercóse sonriendo a la mesita, mucho más cortado que mi crema. Se sirvió -a fuerza de cuchillo, claro es- una delicadísima porción. Pero mi compañero intervino presuroso.

– ¡No, no, Juan! Sírvase más. –Y le llenó el plato.

El hombre probó con gran comedimiento, mientras nosotros no apartábamos los ojos de su boca.

– ¿Eh, qué tal? –le preguntamos–. Rico, ¿eh?

– ¡Macanudo, che patrón!

¡Sí! Por malo que fuera aquello, tenía gusto a chocolate. Cuando el hombrón hubo concluido llegó otro, y luego otro más. Tocó por fin el turno a mi futuro suegro. Entró alegre, balanceándose.

– ¡Hum...! ¡Parece que tenemos un postre, don Fernández! ¡De todo sabe! ¡Hum...! Crema de chocolate... Yo he comido una vez.

Mi compañero y yo tornamos a mirarnos.

– ¡Estamos frescos! –murmuré.

¡Completamente lucidos! ¿Qué podía parecerle la madeja negra a un hombre que había probado ya crema de chocolate? Sin embargo, con las manos muy puestas en los bolsillos, esperamos. Mi suegro probó len-

tamente.

– ¿Qué tal la crema?

Se sonrió y alzó la cabeza, dejando cuchillo y tenedor.

– ¡Rico, le digo! ¡Qué don Fernández! –continuó comiendo–. ¡Sabe de todo!

Se supondrá el peso de que nos libró su respuesta. Pero cuando hubieron comido el padre, la madre, la hermana, y le llegó el turno a mi futura, no supe qué hacer.

– ¿Eduarda puede comer, eh, don Fernández? –me había preguntado mi suegro.

Yo creía sinceramente que no. Para un estómago sano, aquello estaba bien, aun a razón de un plato soperero por boca. Pero para una dispéptica con digestiones laboriosísimas, mi esponja era un sencillo veneno.

Y me enternecí con la esponja, sin embargo. La muchacha ojeaba la olla con mucho más amor que a mí, y yo pensaba que acaso jamás en la vida sería dado volver a probar cosa tan asombrosa, hecha por un chacarero médico y pretendiente suyo.

Sí, puede comer. Le va a gustar mucho –respondí serenamente.

Tal fue mi presentación pública de cocinero. Ninguno murió pero dos semanas después supe por Rosa que mi prometida había estado enferma los días subsiguientes al baile.

–Sí –le dije, verdaderamente arrepentido–. Yo tengo la culpa. No debió haber comido la crema aquella.

– ¡Qué crema! ¡Si le gustó, te digo! Es que usted no bailaste con ella; por eso se enfermó.

–No bailé con ninguna.

– ¡Pero si es lo que te digo! ¡Y no has ido más a verla, tampoco!

Fui allá por fin. Pero entonces la muchacha tenía realmente novio, un españolito con gran cinto y pañuelo criollos, con quien me había encontrado ya alguna vez en casa de ella.

*La crema de chocolate*, cuento publicado en *Caras y Caretas*, Bs. As., año 11, N° 564, jul. 24, 1909. Incluido en el libro *Anaconda*, 1921.



## EL MÁRMOL INÚTIL

– ¿Usted, comerciante? –exclamé con viva sorpresa dirigiéndome a Gómez Alcain–. ¡Sería digno de verse! ¿Y cómo haría usted?

Estábamos detenidos con el escultor ante una figura de mármol, una tarde de exposición de sus obras. Todas las miradas del grupo expresaron la misma risueña certidumbre de que en efecto debía ser muy curioso el ejercicio comercial de un artista tan reconocidamente inútil para ello como Gómez Alcain.

–Lo cierto es –repuso éste, con un cierto orgullo– que ya lo he sido dos veces; y mi mujer también –añadió señalándola.

Nuestra sorpresa subió de punto:

– ¿Cómo, señora, usted también? ¿Querría decirnos cómo hizo? Porque...

La joven se reía también de todo corazón.

–Sí, yo también vendía... Pero Héctor les puede contar mejor que yo... Él se acuerda de todo.

– ¡Desde luego! Si creen ustedes que puede tener interés...

– ¿Interés, el comercio ejercido por usted? –exclamamos todos–. ¡Cuenta enseguida!

Gómez Alcain nos contó entonces sus dos episodios comerciales, bas-tante ejemplares, como se verá.

Mis dos empresas –comenzó– acaecieron en el Chaco. Durante la primera yo era soltero aún, y fui allá a raíz de mi exposición de 1903. Había en ella mucho mármol y mucho barro, todo el trabajo de tres años de enfermiza actividad. Mis bustos agradaron, mis composiciones, no. De todos modos, aquellos tres años de arte frenético tuvieron por resultado cansarme hasta lo indecible de cuanto trascendiera a celebridades teatrales, crónicas de *garden party*, críticas de exposiciones y demás.

Entonces llegó hasta mí desde el Chaco un viejo conocido que trabajaba allá hacía cuatro años. El hombre aquel –un hombre entusiasta, si lo hay– me habló de su vida libre, de sus plantaciones de algodón. Aunque presté mucha atención a lo primero, la agricultura aquella no me interesó mayormente. Pero cuando por mera curiosidad pedí datos sobre ella, perdí el resto de sentido comercial que podía quedarme.

Vean ustedes cómo me planteé la especulación:

Una hectárea admite quince mil algodoneros, que producen en un buen año tres mil kilos de algodón. El kilo de capullos se vende a dieciocho centavos, lo que da quinientos cuarenta pesos por hectárea. Como por razón de gastos treinta hectáreas pedían el primer año seis mil doscientos pesos, me hallaría yo, al final de la primera cosecha, con diez mil pesos de ganancia. El segundo año plantaría cien hectáreas, y el tercero, doscientas. No pasaría de este número. Pero ellas me darían cien mil pesos anuales, lo suficiente para quedar libre de exposiciones, crónicas, cronistas y dueños de salones.

Así decidido, vendí en siete mil pesos todo lo que me quedaba de

la exposición, casi todo, por lo pronto. Como ven ustedes, emprendía un negocio nuevo, lejano y difícil, con la cantidad justa, pues los ochocientos pesos sobrantes desaparecieron antes de ponerme en viaje: por aquí comenzaba mi sabiduría comercial.

Lo que vino luego es más curioso. Me construí un edificio muy raro, con algo de rancho y mucho de semáforo; hice un carrito de asombrosa inutilidad, y planté cien palmeras alrededor de mi casa. Pero en cuanto a lo fundamental de mi ida allá, apenas me quedó capital para plantar diez hectáreas de algodón, que por razones de sequía y mala semilla, resultaron en realidad cuatro o cinco.

Todo esto podía, sin embargo, pasar por un relativo éxito; hasta que llegó el momento de la recolección. Ustedes deben de saber que éste es el real escollo del algodón: la carestía y precio excesivo del brazo. Yo lo supe entonces, y a duras penas conseguí que cinco indios viejos recogieran mis capullos, a razón de cinco centavos por kilo. En Estados Unidos, según parece, es común la recolección de quince a veinte kilos diarios por persona. Mis indios recogían apenas seis o siete. Me pidieron luego un aumento de dos centavos, y accedí, pues las lluvias comenzaban y el capullo sufre mucho con ellas.

No mejoraban las cosas. Los indios llegaban a las nueve de la mañana, por temor del rocío en los pies, y se iban a las doce. No volvían de tarde. Cambié de sistema, y los tomé por día, pensando así asegurar —aunque cara— la recolección. Trabajaban todo el día, pero me presentaban dos kilos de mañana y tres de tarde.

Como ven, los cinco indios viejos me robaban descaradamente. Llegaron a recogerme cuatro kilos diarios por cabeza, y entonces, exasperado

con toda esa bellaquería de haraganes, resolví desquitarme.

Yo había notado que los indios –salvo excepciones– no tienen la más vaga idea de los números. Al principio sufrí fuertes chascos.

– ¿Qué vale esto? –había preguntado a uno de ellos que venía a ofrecerme un cuero de ciervo.

–Veinte pesos –me respondió.

Claro es, rehusé. Llegó otro indio, días después, con un arco y flechas: aquello valía veinte pesos, siendo así que dos es un precio casi excesivo.

No era posible entenderse con aquellos audaces especuladores. Hasta que un capataz de obraje me dio la clave del mercado. Fui en consecuencia a ver al indio de los arcos y le pedí nuevo precio.

–Veinte pesos –me repitió.

–Aquí están –le dije, poniéndole dos pesos en la mano. Quedó perfectamente seguro de que recibía sus veinte pesos.

Aun más: a cierto diablo que me pedía cinco pesos por un cachorro de aguará, le puse en la mano con lento énfasis tres monedas de diez centavos:

–Uno... tres... cinco... Cinco pesos; aquí están los cinco pesos.

El vendedor quedó luminosamente convencido. Un momento después, so pretexto de equivocación, le completé su precio. Y aun creyó acaso –por nativa desconfianza del hombre blanco–, que la primera cuenta hubiera sido más provechosa para él.

Esta ignorancia se extiende desde luego a la romana, balanza usual en las pesadas de algodón. Para mi desquite de que he hablado, era necesario tomar de nuevo los peones a tanto el kilo. Así lo hice, y la primera tarde

comencé. La bolsa del primero acusaba seis kilos.

—Cuatro kilos: veintiocho centavos —le dije.

El segundo había recogido cuatro kilos; le acusé dos. El tercero, seis; le acusé tres. Al cuarto, en vez de siete, cinco. Y al quinto, que me había recogido cinco, le conté sólo dos. De este modo, en un solo día, había recuperado setenta centavos. Pensaba firmemente resarcirme con este sistema de las pillerías y los adelantos.

Al día siguiente hice lo mismo. “Si hay una cosa lícita, me decía yo, es lo que hago. Ellos me roban con toda conciencia, riéndose evidentemente de mí, y nada más justo que compensar con la merma de su jornal el dinero que me llevan.”

Pero cierto malhumor que ya había comenzado en la segunda operación, subió del todo en la tercera. Sentía honda rabia contra los indios, y en vez de aplacarse ésta con mi sistema de desquite, se exasperaba más. Tanto creció este hondo disgusto, que al cuarto día acusé al primer indio el peso cabal, e hice lo mismo con el segundo. Pero la rabia crecía. Al tercer indio le aumenté dos kilos; al cuarto, tres, y al quinto, ocho kilos.

Es que a pesar de las razones en que me apoyaba, yo estaba sencillamente robando. No obstante los justificativos que me dieran las doscientas legislaciones del mundo, yo no dejaba de robar. En el fondo, mi famosa compensación no encerraba ni una pizca más del valor moral que el franco robo de los indios. De aquí mi rabia contra mí mismo.

A la siguiente tarde aumenté de igual modo las pesadas de algodón, con lo que al final pagué más de lo convenido, perdí los adelantos y la confianza de los indios que llegaron a darse cuenta, por las inesperadas oscilaciones del peso, de que yo y mi romana éramos dos raros sujetos.

Este es mi primer episodio comercial. El segundo fue más productivo. Mi mujer tuvo siempre la convicción de que yo soy de una nulidad única en asunto de negocios.

–Todo cuanto emprendas te saldrá mal –me decía–. Tú no tienes absoluta idea de lo que es el dinero. Acuérdate de la harina.

Esto de la harina pasó así: Como mis peones se abastecían en el almacén de los obrajes vecinos, supuse que proveyéndome yo de lo elemental –yerba, grasa, harina– podría obtener un veinte por ciento de utilidad sobre el sueldo de los peones. Esto es cuerdo. Pero cuando tuve los artículos en casa y comencé a vender la harina a un precio que yo recordaba de otras casas, fui muy contento a ver a mi mujer.

– ¡Fíjate! –le dije–. Vamos a ahorrar una porción de pesos con este sistema. Ya hemos ganado cuarenta centavos con estos kilos de harina. Me quedé mirándola. Lo cierto es que yo no sabía lo que me costaba, pues ni aun siquiera había echado el ojo sobre la factura.

Esta es la historia de la harina. Mi mujer me la recordaba siempre, y aunque me era forzoso darle la razón, el demonio del comercio que he heredado de mi padre me tentaba como un fruto prohibido.

Hasta que un día a ambos –pues yo conté en esta aventura con la complicidad de mi mujer– se nos ocurrió una empresa: abrir un restaurante para peones. En vez de las sardinas, chipás o malos asados que los que no tienen familia o viven lejos comen en el almacén de los obrajes, nosotros les daríamos un buen puchero que los nutriría, y a bajo precio. No pretendíamos ganar nada; y en negocios así –según mi mujer– había cierta probabilidad de que me fuera bien.

Dijimos a los peones que podrían comer en casa, y pronto acudie-

ron otros de los obrajes próximos. Los tres primeros días todo fue perfectamente. Al cuarto vino a verme un peón de miserable flacura.

—Mirá, patrón —me dijo—. Yo voy a comer en tu casa si querés, pero no te podré pagar. Me voy el otro mes a Corrientes porque el chucho... He estado veinte días tirado... Ahora no puedo mover mi hacha. Si vuelvo, te pagaré.

Consulté a mi mujer.

—¿Qué te parece? —le dije—. El diablo éste no nos pagará nunca.

—Parece tener mucha hambre... —murmuró ella.

El sujeto comió un mes entero y se fue para siempre.

En ese tiempo llegó cierta mañana un peón indio con una criatura de cinco años, que miró comer a su padre con inmensos ojos de gula.

—¡Pero esa criatura! —me dijo mi mujer—. ¡Es un crimen hacerla sufrir así!

Se sirvió al chico. Era muy mono, y mi mujer lo acarició al irse.

—¿Tienes hambre aún?

—Sí, ¡hame! —respondió con toda la boca el hombrecito.

—¡Pero ha comido un plato lleno! —se sorprendió mi mujer.

—Sí, ¡pato! En casa... ¡hame!

—¡Ah, en tu casa! ¿Son muchos?

El padre entonces intervino. Eran ocho criaturas, y a veces él estaba enfermo y no podía trabajar. Entonces... ¡mucha hambre!

—¡Me lo figuro! —murmuró mi mujer mirándome. Dio al chico tasa-jo, galletitas, y a más dos latas de jamón del diablo que yo guardaba.

—¡Eh, mi jamón! —le dije rápidamente cuando huía con su robo.

—¿No es nada, verdad? —se rió—. ¡Supón la felicidad de esa pobre

gente con esto!

Al otro día volvió el indio con dos nuevos hijos, y como mi mujer no es capaz de resistir a una cara de hambre, todos comieron. Tan bien, que una semana después nuestra casa estaba convertida en un jardín de infantes. Los buenos peones traían cuanto hijo propio o ajeno les era dado tener. Y si a esto se agregan los muchos sujetos que comprendieron que nada disponía mejor nuestro corazón que la confesión llana y lisa de tener hambre y carecer al mismo tiempo de dinero, todo esto hizo que al fin de mes nuestro comercio cesara. Teníamos, claro es, un déficit bastante fuerte.

Este fue mi segundo episodio comercial. No cuento el serio —el del algodón— porque éste estaba perdido desde el principio. Perdí allá cuanto tenía, y abandonando todo lo que habíamos construido en tierra arrendada, volvimos a Buenos Aires. Ahora —concluyó señalando con la cabeza sus mármoles— hago de nuevo esto.

— ¡Y aquí no cabe comercio! —exclamó con fugitiva sonrisa un oyente. Gómez Alcain lo miró como hombre que al hablar con tranquila seriedad se siente por encima de todas las ironías:

—Sí, cabe —repuso—. Pero no yo.

*El mármol inútil*, cuento publicado en *Caras y Caretas*, Bs. As., N° 677, sep. 23, 1911. Incluido en el libro *Anaconda*, 1921.

## LOS INMIGRANTES

El hombre y la mujer caminaban desde las cuatro de la mañana. El tiempo, descompuesto en asfixiante calma de tormenta, tornaba aún más pesado el vaho nitroso del estero. La lluvia cayó por fin, y durante una hora la pareja, calada hasta los huesos, avanzó obstinadamente.

El agua cesó. El hombre y la mujer se miraron entonces con angustiada desesperanza.

– ¿Tienes fuerzas para caminar un rato aún? –dijo él–. Tal vez los alcancemos...

La mujer, lívida y con profundas ojeras, sacudió la cabeza.

–Vamos –repuso prosiguiendo el camino.

Pero al rato se detuvo, cogiéndose crispada de una rama. El hombre, que iba delante, se volvió al oír el gemido.

– ¡No puedo más!... –murmuró ella con la boca torcida y empapada en sudor-. ¡Ay, Dios mío!...

El hombre, tras una larga mirada a su alrededor, se convenció de que nada podía hacer. Su mujer estaba encinta. Entonces, sin saber dónde ponía los pies, alucinado de excesiva fatalidad, el hombre cortó ramas, tendiéndolas en el suelo y acostó a su mujer encima. Él se sentó a la cabecera,

colocando sobre sus piernas la cabeza de aquélla.

Pasó un cuarto de hora en silencio. Luego la mujer se estremeció hondamente y fue menester en seguida toda la fuerza maciza del hombre para contener aquel cuerpo proyectado violentamente a todos lados por la eclampsia.

Pasado el ataque, él quedó un rato aún sobre su mujer, cuyos brazos sujetaba en tierra con las rodillas. Al fin se incorporó, alejóse unos pasos vacilante, se dio un puñetazo en la frente y tornó a colocar sobre sus piernas la cabeza de la mujer, sumida ahora en profundo sopor.

Hubo otro ataque de eclampsia, del cual la mujer salió más inerte. Al rato tuvo otro, pero al concluir éste, la vida concluyó también.

El hombre lo notó cuando aún estaba a horcadas sobre su mujer, sumando todas sus fuerzas para contener las convulsiones. Quedó aterrado, fijos los ojos en la bullente espuma de la boca, cuyas burbujas sangui-nolentas se iban ahora resumiendo en la negra cavidad.

Sin saber lo que hacía, le tocó la mandíbula con el dedo.

– ¡Carlota! –dijo con una voz que no era la suya, y que no tenía entonación alguna. El sonido de su voz lo volvió a sí, e incorporándose entonces miró a todas partes con ojos extraviados.

–Es demasiada fatalidad –murmuró.

–Es demasiada fatalidad... –murmuró otra vez, esforzándose entre tanto por precisar lo que había pasado. Venían de Europa, eso no ofrecía duda; y habían dejado allá a su primogénito de dos años. Su mujer estaba encinta e iban a Makallé con otros compañeros... Habían quedado retrasados y solos porque ella no podía caminar bien... Y en malas condiciones, acaso, acaso su mujer hubiera podido encontrarse en peligro...

Y bruscamente se volvió, mirando enloquecido:

– ¡Muerta, allí!...

Sentóse de nuevo, y volviendo a colocar la cabeza muerta de su mujer sobre sus muslos, pensó cuatro horas en lo que haría.

No arribó a pensar nada; pero cuando la tarde caía cargó a su mujer en los hombros y emprendió el camino de vuelta.

Bordeaban otra vez el estero. El pajonal se extendía sin fin en la noche plateada, inmóvil y toda zumbante de mosquitos. El hombre, con la nuca doblada, caminó con igual paso, hasta que su mujer muerta cayó bruscamente de su espalda. Él quedó un instante de pie, rígido, y se desplomó tras ella.

Cuando despertó, el sol quemaba. Comió bananas de filodendro, aunque hubiese deseado algo más nutritivo, puesto que antes de poder depositar en tierra sagrada el cadáver de su esposa, debían pasar días aún.

Cargó otra vez con el cadáver, pero sus fuerzas disminuían. Rodeándola entonces con lianas entretejidas, hizo un fardo con el cuerpo y avanzó así con menor fatiga.

Durante tres días, descansando, siguiendo de nuevo, bajo el cielo blanco de calor, devorado de noche por los insectos, el hombre caminó y caminó, sonambulizado de hambre, envenenado de miasmas cadavéricas, toda su misión concentrada en una sola y obstinada idea: arrancar al país hostil y salvaje el cuerpo adorado de su mujer.

La mañana del cuarto día viose obligado a detenerse, y apenas de tarde pudo continuar su camino. Pero cuando el sol se hundía, un profundo escalofrío corrió por los nervios agotados del hombre, y tendiendo entonces el cuerpo muerto en tierra, se sentó a su lado.

La noche había caído ya, y el monótono zumbido de mosquitos llenaba el aire solitario. El hombre pudo haberlos sentido tejer su punzante red sobre su rostro; pero del fondo de su médula helada los escalofríos montaban sin cesar.

La luna ocre en menguante había surgido por fin tras el estero. Las pajas altas y rígidas brillaban hasta el confín en fúnebre mar amarillento. La fiebre perniciosa subía ahora a escape.

El hombre echó una ojeada a la horrible masa blanduzca que yacía a su lado, y cruzando sus manos sobre las rodillas quedóse mirando fijamente adelante, al estero venenoso, en cuya lejanía el delirio dibujaba una aldea de Silesia, a la cual él y su mujer, Carlota Phoening, regresaban felices y ricos a buscar a su adorado primogénito.

*Los inmigrantes*, cuento publicado en *Fray Mocho*, Año I. N° 32, Buenos Aires, dic. 6, 1912. Incluido en el libro *El salvaje*, 1920.

## Nota aclaratoria

No se han incluido en esta edición otros relatos cuyo ámbito geográfico también es el Chaco, aparecidos en publicaciones periódicas como “Cartas de un cazador”, destinadas a los niños. En algunos de ellos es explícita la localización, otros no la determinan pero la sugieren por las descripciones y los rasgos particulares representados.

- Con localización explícita:

“Cartas de un cazador”. Cartas de un cazador de fieras en que relata sus aventuras. Publicado en *Mundo Argentino*, Buenos Aires, junio 7, 1922, con el seudónimo Dum-Dum. \*

“Para los niños”. Publicado en *Mundo Argentino*, Buenos Aires, junio 21, 1922, con el seudónimo Dum-Dum.

“Cacería del yacaré”. Publicado con el título “El hombre frente a las fieras – Cacería del yacaré”, en *Billiken*, Buenos Aires, febrero 25, 1924.

- Con localización en las inmediaciones del Bermejo, en la zona fronteriza con Formosa:

“La caza del tatú carreta”. Publicado con el título “El hombre frente

a los animales salvajes – La caza del tatú carreta”, en *Billiken*, Buenos Aires, febrero 4, 1924.

- Sin localización explícita (pero vinculados en el relato a otros episodios situados en el Chaco):

“Cacería de la víbora de cascabel”. Publicado con el título “El hombre frente a los animales salvajes – Cacería de la víbora de cascabel”, en *Billiken*, Buenos Aires, marzo 3, 1924.

“Los cachorros del aguará-guazú”. Publicado con el título “El hombre ante los animales salvajes – Los cachorros del Aguará-guazú”, en *Billiken*, Buenos Aires, marzo 31, 1924.

\* Los datos de publicación han sido tomados de Horacio Quiroga. *Cuentos Completos*. 2 vols. Edición a cargo de Carlos Dámaso Martínez. Buenos Aires, Seix Barral, 1997.

# ÍNDICE

## PRÓLOGO

El Chaco a través de la ficción de Horacio Quiroga POR FRANCISCO TETE ROMERO.....	7
--	---

## INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y CRÍTICA

Horacio Quiroga en el Chaco POR ALEDO LUIS MELONI.....	13
Horacio Quiroga: entramado de literatura y vida. Alcances de la experiencia chaqueña en la construcción de su nueva poética POR ALEJANDRA LIÑÁN.....	19
La insolación POR LEONARDO GARET.....	31

## CUENTOS DE LA LLANURA Y DEL MONTE CHAQUEÑOS

LA SERPIENTE DE CASCABEL.....	41
LA INSOLACIÓN.....	47
EL MONTE NEGRO.....	57
LOS CAZADORES DE RATAS.....	63

LA CREMA DE CHOCOLATE.....	67
EL MÁRMOL INÚTIL.....	75
LOS INMIGRANTES.....	83
NOTA ACLARATORIA.....	87



